



HISTORIA VERDADERA
DEL
CONCILIO DEL VATICANO.

II.

Muchas personas se figurarán que después de una deliberación tan completa y tan profunda, Pío IX dió un paso hácia adelante y decidió la convocación del Concilio del Vaticano. En efecto, se ha dicho muchas veces que el Santo Padre se había adherido con tal fuerza á su idea con el objeto especial de hacer su propia *apoteosis*, que no esperaba ya más informes ni sufría ninguna nueva opinión. Pero la historia no dice tal cosa. Todo lo que se había hecho hasta entonces no era más que una deliberación preliminar sobre el único punto de saber si el proyecto de la reunión de un Concilio ecuménico debería ponerse á la orden del día en más amplias deliberaciones.

En los primeros días de Marzo del año 1865, Pío IX invitó á varios cardenales á que se reunieran y conferenciaran, por vía de discusión preliminar, sobre la conveniencia de convocar ó no un Concilio ecuménico; y dispuso que los votos escritos, ó juicios de los consultores, que ya dejamos resumidos, se extractasen en un compendio para conocimiento de la nueva comisión. Este trabajo lo llevó á cabo el procurador general de la Orden de los Dominicanos, en forma sucinta y con el título de «Resumen de las opiniones emitidas por los cardenales invitados por Pío IX á informar respecto á la convocación de un Concilio ecuménico.» Este compendio empieza del siguiente modo: «Los cardenales, en número de trece, opinaron afirmativamente sobre la convocación de un Concilio; uno informó en sentido contrario, subordinando su juicio al de San Pedro; y otro consideró innecesaria la convocación.» La nueva comisión se compuso en seguida de los cardenales Patrizi, Reischach, Panebianco, Bizzari y Caterini. El secretario fué el cardenal Giannelli, entonces secretario de la congregación del Concilio, encargado de la interpretación del de Trento y de todos los asuntos análogos.

La primera sesión tuvo lugar el 9 de Marzo de 1865, y los consultores procedieron á examinar

nuevamente los cuatro puntos de que hemos hecho una rápida reseña. En seguida se sometió el compendio á un nuevo y riguroso estudio; y en su primer capítulo quedó planteada la cuestión de la necesidad de los Concilios. Ya se ha dicho que la reunión de éstos no es de absoluta necesidad para el gobierno de la Iglesia, sino solamente de necesidad relativa. La significación de este juicio es la siguiente: No hay ningún precepto divino que imponga á los prelados de la Iglesia universal la obligación de reunirse en un mismo sitio. El gobierno de la Iglesia está suficientemente autorizado por la institución divina para ejercer la primacía y el episcopado. Sin embargo, por muchas razones, tanto de prudencia natural como de prudencia sobrenatural, la Iglesia, siguiendo el ejemplo de los Apóstoles, ha tenido en todo tiempo, no sólo Sínodos diocesanos y provinciales, sino también Concilios ecuménicos.

Durante los tres primeros siglos, no se ha celebrado ningún Concilio general; y en los trescientos últimos años tampoco se ha convocado ninguno. En los diez y ocho siglos que han transcurrido hasta 1869, sólo han tenido lugar 18 Concilios. Los Concilios generales, pues, aunque útiles y algunas veces necesarios, con relación á errores particulares ó á determinadas épocas, no son absolutamente necesarios para el gobierno de la Iglesia. Esta no es infalible en cuanto á los Concilios generales; pero los Concilios generales son infalibles para la Iglesia. La Iglesia no depende de los Concilios en el conocimiento de la verdad. Los Concilios se reúnen para dar á la verdad, ya conocida por la tradición divina, una expresión más precisa y acomodada á la generalidad de los fieles. Toda Iglesia, lo mismo la *Ecclesia docens* que la *Ecclesia discens*, los pastores enseñando y las multitudes creyendo, toda Iglesia exparecida por la superficie del globo, ha sido guiada y sostenida en el camino de la verdad por todos los tiempos. La Iglesia cumple su misión de testigo, juez y director en todo tiempo y lugar. La primacía de Roma, como el episcopado del mundo entero, gracias al auxilio del Espíritu de verdad que la acompaña eternamente, no puede errar jamás, cuando defiende y proclama la tradición divina de la revelación. En los 300 años que han precedido al Concilio de Nicea, la voz de la Iglesia ha bastado á promulgar y difundir la fe; en los intervalos de un Concilio á otro, la voz

(1) Véase el núm. 165, pág. 503.

de la Iglesia ha sido suficiente para declarar la verdad y condenar el error. En los tres siglos que nos separan del Concilio de Trento, la Iglesia ha doctrinado con la misma autoridad divina é infalible. Por consiguiente, si se pregunta qué necesidad puede haber de reunir un Concilio ecuménico, la respuesta será que para aplicar remedio á los males de la cristiandad hace falta conocer estos males, diseminados á grandes distancias, y que muchos ojos y muchos oídos ven más y oyen mejor. La inteligencia, el saber, la experiencia, los instintos colectivos, el discernimiento natural y sobrenatural del Episcopado, constituyen el más acertado consejo que hay en la tierra. Tal es el sentido de estas palabras: la reunion de los Concilios no es de absoluta necesidad, sino únicamente de necesidad relativa (1).

En cuanto á los obstáculos que se oponían á la reunion del Concilio, el primero era una duda sobre la disposicion en que se hallaban los poderes civiles: ¿permitirían á los obispos de sus jurisdicciones respectivas tomar parte en él? Se abrigaban especialmente estos temores respecto á los gobiernos de Francia, Italia y Portugal. Se recordaba que en 1862 el gobierno de Italia había prohibido á los obispos ir á Roma para la canonizacion de los mártires del Japon. Pero si los gobiernos de Alemania, España, Bélgica, Holanda, Inglaterra y América no ponían impedimento, es seguro que un número suficiente de obispos respondería al llamamiento del Soberano Pontífice.

Para la conducta que debería seguirse con los poderes civiles, se tuvo presente la idea de que en todo tiempo, al convocar la Iglesia los Concilios ecuménicos se había procurado marchar de acuerdo con los soberanos católicos. Este proceder había sido siempre considerado como conveniente y útil, por más que no fuese necesario. Pablo III, cuando convocó el Concilio de Trento, no sólo trató de obtener el asentimiento de los soberanos, sino también su asistencia. En la Bula de convocacion decía: «Hemos pedido informe á los príncipes, porque nos ha parecido que su asentimiento, en tal propósito, era sobre todo procedente y oportuno.» Y más adelante añadía: «Hemos invitado con insistencia á los soberanos católicos á que asistan al Concilio y á que traigan con ellos á los preladados de sus naciones respectivas.» Pero halló indecisos á los soberanos, y por esto, despues de varias tentativas infructuosas, resolvió convocar el Concilio.

«Hubiéramos deseado, dijo, realizar nuestro objeto con el asentimiento y el agrado de los príncipes de la cristiandad. Pero en tanto que esperábamos á conocer sus intenciones, y mientras nos

disponíamos para el tiempo fijado por tu voluntad, ¡oh Dios! nos hemos visto obligados á declarar que siempre es ocasion oportuna para deliberar respecto á cosas sagradas y que pertenecen á la piedad cristiana. Y viendo, con incomensurable tristeza que el mundo cristiano es cada día peor, que la Hungría se ve invadida por los turcos, que los alemanes están en peligro, y que los demas pueblos se hallan llenos de miedo y afliccion, hemos decidido no esperar por más tiempo el asentimiento de ningun príncipe, ni preocuparnos de otra cosa que de la voluntad de Dios Todopoderoso y del bienestar de la república cristiana.»

Se pensó, en consecuencia, que era conveniente rogar á los soberanos católicos que asistieran al Concilio, haciéndose representar en él por legados, «segun costumbre de la Iglesia, y con arreglo al precedente del Concilio de Trento.»

En seguida se propuso reunir á varios eclesiásticos de todas las partes del mundo para proceder á una consulta preliminar, atendiendo á que «la utilidad del Concilio consiste, para la mayor parte, en el conocimiento del estado de las diferentes regiones y de los remedios que cada una de ellas exige.»

Y por último, el secretario recomendó que todas las materias que se pusieran á la orden del día fuesen ámpliamente preparadas y metódicamente coordinadas ántes de la reunion de los obispos, no sólo para evitar pérdida de tiempo, sino con el objeto principal de ahorrar discusiones supérfluas y dudas de procedimiento, así como también para impedir que las cuestiones se multiplicasen indefinidamente.

Quando la comision llegó á ocuparse de la posibilidad de una interrupcion, de una dispersion ó de una suspension del Concilio, por consecuencia de la situacion política de Europa, pasó revista cuidadosamente á la historia del Concilio de Trento, el cual fué convocado en 1536 para reunirse en Mantua el mes de Mayo del año siguiente. La oposicion que se hizo á su reunion lo aplazó hasta el mes de Noviembre de 1537. Pero de nuevo fué preciso aplazarlo hasta Mayo de 1538, trasladándolo á Vicencio. A causa de la guerra y del estado de agitacion de Europa, particularmente en Italia, acudieron tan pocos obispos, que el Papa, cansado de prorogarlo sin cesar, suspendió indefinidamente el Concilio. Los turcos continuaban alcanzando victoria sobre victoria, y la fe se hallaba cada vez más comprometida en Alemania. Por estos motivos, Pablo III, sin volver á pedir el asentimiento de los príncipes, convocó el Concilio, ordenando que se reuniera en Noviembre de 1542 en la ciudad de Trento. Tres legados acudieron á este punto y estuvieron esperando muchos meses la llegada de los obispos, que continuaban imposibilitados de reunirse por la guerra y los peligros del viaje. Otra vez fué suspendido el Concilio hasta

(1) *Petri privilegium*, part. I, pp. 76-81. Longmans.

más favorables tiempos. Tres años después se fijó para su reunión el mes de Marzo de 1545, y á este plazo sucedió otro, hasta que por fin se abrió en Abril siguiente. Pero no habían transcurrido quince meses cuando fué trasladado á Bolonia, y el número de los obispos que asistieron á las sesiones en esta ciudad fué tan reducido que no se pudo votar ningún decreto, y al cabo de cinco meses el Concilio volvió á sufrir otra dilación indefinida. Entónces estuvo en suspenso durante cuatro años. Bajo el pontificado de Julio III, reanudó sus trabajos en Trento en Mayo de 1551. Permaneció reunido un año, y en Abril de 1552 se suspendió por doble tiempo. Pero la agitación del mundo era tal, que esta suspensión duró diez años. La reapertura tuvo lugar en Enero de 1562. En Diciembre de 1563, el primer legado hizo volver á los obispos á sus diócesis, y en Enero de 1564, Pio IV, por su Bula *Benedictus Deus*, confirmó los trabajos del Concilio de Trento.

Estas fueron las vicisitudes de ese Concilio, que indudablemente ha sido el más importante y provechoso de los celebrados por la Iglesia en los tiempos modernos. Durante trescientos años ha gobernado la Iglesia en toda la extensión del mundo habitado. Y sin embargo, no llegó á reunirse hasta diez años después de su convocación; y suspenso una vez por dos años y otra por diez, sólo tuvo asiento durante cinco en el espacio de veinte, en medio de una conflagración universal. Sus adversarios ridiculizaron tanto los aplazamientos y las suspensiones que experimentó, como su vida errante; mas no por eso dejó de cumplir su misión. Todo esto se tuvo en cuenta al deliberar sobre si por las circunstancias inseguras de nuestra época era ó no posible la reunión de un Concilio ecuménico.

La comisión examinó después, uno tras otro, los puntos siguientes:

- I. Si la convocación de un Concilio ecuménico era relativamente necesaria y oportuna.
- II. Si previamente se debería dirigir á los príncipes católicos alguna comunicación.
- III. Si antes de publicar la Bula de convocación procedía consultar al Sagrado Colegio, y en qué forma.
- IV. Si convenía formar una congregación extraordinaria encargada de dirigir los asuntos concernientes al Concilio.
- V. Si la mencionada congregación, que debería tomar el nombre de Congregación directiva, debería, después de publicarse la Bula, consultar simultáneamente á varios obispos de diferentes naciones, con objeto de que éstos propusieran de una manera concisa los asuntos, tanto doctrinales como de disciplina, que, según ellos, sería oportuno poner á discusión en el Concilio, con relación á las necesidades de sus respectivos países.

A este interrogatorio, respondieron los cinco cardenales como sigue:

A la primera pregunta, y á la cuarta y quinta, afirmativamente.

A la segunda, negativamente, aunque añadiendo que era bueno, sin embargo, y conveniente que la Santa Sede diése algunos pasos cerca de los príncipes católicos, al mismo tiempo de publicar la Bula.

Y á la tercera, también en sentido afirmativo, pero haciendo notar que correspondía al Papa determinar la forma en que se consultase al Sagrado Colegio.

Por lo que concierne á los soberanos católicos, es preciso tener presente que si algunos de ellos continúan siendo católicos, este título es puramente individual y no lo usan como soberanos. Sus gobiernos no son católicos. Los Concordatos que ligaban los diferentes países á la Santa Sede han sido abolidos, no por ésta, sino á consecuencia de sus propias revoluciones, por sus legisladores ó por sus partidos liberales. Ya no hay, por lo tanto, soberanos católicos que representen reinos católicos; han declarado que sus Estados, como tales Estados, no tienen ninguna religión, y han separado su derecho público de la unidad de la Iglesia y de la fe, á la vez que de la obediencia á la Santa Sede. Invitarles á tomar asiento en un Concilio ecuménico, sería lo mismo que si se rogase á las autoridades civiles de los Estados-Unidos que fuesen á tomar parte en las deliberaciones del Parlamento británico.

Los consultores encargaron á uno de entre ellos que formase un proyecto de organización, subdividiendo y preparando con la mayor precisión posible las materias de que se debía tratar. Estos acuerdos de la comisión fueron objeto de una Memoria al Santo Padre, redactada por el secretario, y el Papa la aprobó, modificando la quinta cuestión de las que dejamos consignadas, en el sentido de que la propuesta á los obispos se haría antes de publicar la Bula de indicción.

La comisión directiva se constituyó entónces formalmente, compuesta de los cinco cardenales ántes citados y de algunos otros. Más tarde se le agregaron varios teólogos y canonistas, elegidos en Roma y en todas las demas naciones.

Hé aquí cuál era lá distribución del programa preparatorio: 1.º, Doctrina; 2.º, Cuestiones político-elesiásticas ó cuestiones mixtas; 3.º, Misiones é Iglesias orientales; 4.º, Disciplina.

Los asuntos de la Santa Sede fueron confiados á diversas «Congregaciones,» ó, como nosotros diríamos, á diferentes departamentos administrativos. Estos son, entre otros, el Santo Oficio, que entiende en las materias de fe; la Congregación de la Propaganda, que dirige la Iglesia en todos los países cu-

vos soberanos no son católicos; la Congregacion de los asuntos eclesiásticos extraordinarios, que trata de todas las cuestiones mixtas que surgen en el curso de las relaciones del poder espiritual con el civil; la Congregacion de los Obispos y Regulares, que se ocupa de todos los casos de jurisdiccion externa; la Congregacion del Concilio, instituida por Pio IV, á instancias de San Carlos Borromeo, para la interpretacion de los decretos del Concilio de Trento.

Se acordó, acertadamente, de conformidad con el dictámen de la comision, que las secciones de la Congregacion directiva se agregasen, quedando cada una de ellas constituida tal como estaba, á las Congregaciones con que tuviesen afinidad.

Por consecuencia, la comision directiva se dividió en cinco secciones. La de Doctrina tuvo por centro al Santo Oficio; la de Cuestiones mixtas, político-eclesiásticas se unió á la Congregacion de asuntos eclesiásticos; la de Misiones, á la Congregacion de Propaganda; y, por último, la de la Disciplina se incorporó á la Congregacion de los Obispos y de los Regulares y á la del Concilio.

El objeto de esta medida era el de introducir con las nuevas secciones consultivas en los departamentos con que se hallaban identificadas, siguiendo una costumbre inmemorial, las tradiciones de la Santa Sede, y la ciencia y la experiencia más probadas en cada uno de los ramos del gobierno de la Iglesia. Los trabajos especiales de estas secciones deberian ser sometidos en seguida á la Congregacion directiva en pleno. Hacemos constar aquí estos minuciosos detalles, para demostrar la vigilancia y el extremo cuidado con que se preparó la obra del Concilio. No se omitió ninguna de las precauciones que á la diligencia humana es dado imaginar.

HENRY EDWARD,

Cardenal-arzobispo de Westminster.

(Continuará.)

(The Nineteenth Century.)

LA POESÍA

Y

SUS GÉNEROS FUNDAMENTALES. (1)

Disertar sobre la *Poesía y sus géneros fundamentales*, vale tanto en mi sentir como esclarecer el concepto total de la misma Poesía, como quiera que, planteada la cuestion de tal modo, se abraza la materia en todo lo que ella es; á saber, no tan sólo en su íntegra y armónica unidad, sino tambien en

(1) Discurso pronunciado en los ejercicios del grado de doctor en la Facultad de Filosofía y Letras.

su distinta y opuesta variedad. En primer lugar, por lo tanto, tendremos que ocuparnos de la Poesía abarcando, sin limitaciones de ninguna clase y bajo un punto de vista sintético, cuantos elementos esenciales y notas características se dan en ella y la constituyen tal, y concluida que sea esta inquisicion, forzoso nos será, en seguida, continuar nuestro estudio á la luz de un criterio analítico, el cual nos permita contemplar bajo sus diferentes aspectos, particulares fases ó interiores determinaciones, el interesante y vário contenido que hace germinar y brotar, á manera de esplendente y deleitosa florecencia, aquella fecunda unidad, tan rica y llena de vida, que había sido ya objeto de nuestra primera atencion.

No es tan fácil y hacedero, como á primera vista pudiera figurárselo una persona poco versada en tales asuntos, ofrecer un concepto cumplido y cabal de la Poesía, no obstante el uso frecuente que en el lenguaje comun ó precientífico, y áun hasta en el vulgar, se hace á todas horas de tal vocablo, el cual, por otra parte, es aplicado con frecuencia por algunos individuos no tan capacitados para percibirla y ménos aún para producirla, á causa de su ingénita rudeza, y no obstante tambien la aparicion y existencia de la misma mediante formas más ó ménos perfectas, en casi todas las diversas fracciones sociales que entran á componer la gran unidad humana.

Si á los antiguos preceptistas, conocidos generalmente con el nombre de retóricos ó humanistas, nos atuviéramos, tendríamos que contentarnos con definirla, admitiendo exposiciones más ó ménos acertadas de sus resultados ó efectos, ó bien de sus aspectos parciales, cuando no se intentase hacer pasar como válida y feliz la asercion peregrina que algunos expresaron al afirmar que su naturaleza toda consistía sólo en una determinacion exclusivamente formal y, en su consecuencia, carente por sí de toda esencialidad propia y sustantiva, con lo cual dicho se está que la idea de la misma y el ministerio sublime del poeta quedan tan rebajados que más no pueden serlo. Pasando despues á examinar la nocion que los estéticos nos presentan, encontraremos que, si bien la formulan con un sentido más científico y por consiguiente más comprensivo y racional, sin embargo, déjase ver en no pocas de las definiciones dadas, ó bien la manifestacion clara y terminante del criterio filosófico-literario que en sus autores domina, y el cual tiene necesariamente que transparentarse en sus especulaciones estéticas, imprimiéndoles un carácter restricto y limitado, como de escuela, ó bien pecan de difusas, careciendo entónces de la concision exigida á toda buena definicion, y convirtiéndose más bien en magníficas y elocuentes explicaciones del propio

concepto que se intenta definir. Cosa idéntica acontece con las no ménos brillantes y encantadoras que nos regalan los poetas, tan dispuestos ciertamente para la percepcion, el sentimiento y la realizacion de la belleza en sus diversos modos y segun la capacidad especial de cada uno, pero no siempre igualmente aptos para explicar ó definir los cánones ó principios que regulan y desarrollan el estudio metódico de la ciencia que de la misma se ocupa.

Esto sentado, paréceme que si necesariamente tengo que consignar alguna definicion de la Poesía, para cumplir el compromiso adquirido que me obliga dilucidar el tema propuesto, ha llegado ya el momento oportuno de hacerlo; y tanto más me felicito, de lo fácil que me ha de ser el ejecutarlo, cuanto que para ello solamente tengo que refrescar la memoria trayendo á presente estado de atencion antiguas y gratísimas enseñanzas ofrecidas en este mismo augusto templo del saber por un ilustre catedrático, honra de este claustro preclarísimo, y de quien me cupo la dicha de contarme en el número de sus discípulos. Aprendí, pues, del docto profesor al cual me refiero en estos momentos, que debía entenderse por Poesía: «La espontánea determinacion en forma sensible de la belleza concebida y amada por el espíritu humano, y totalmente expresada por medio de la palabra rítmica» (1). Semejante definicion, que encuentro yo la más perfecta de cuantas conozco, me parece nada deja que desear, y que contiene en sí, dentro de proporcionadas dimensiones, el concepto que se quiere exponer de una manera total y sintética.

Y en efecto, difícilmente se podrá echar de ménos aquí ninguno de los elementos necesarios que deben componer, y en realidad componen, la esencialidad poética. Si ántes de entrar en el exámen de la definicion presentada tenemos en cuenta, á manera de indispensables postulados, la existencia real de la Belleza, y que es una de las tres grandes categorías universales que resplandecen, con mayor ó menor intensidad, en la vida de todos los séres; si no olvidamos tampoco, despues de tal afirmacion, la existencia de la misma Belleza en la vida del sér humano, apareciendo como una de las primordiales ideas que entran á determinar la espiritualidad del propio sér; y, si á causa de esto, consideramos al hombre capacitado para percibir y realizar en este ó el otro grado, bajo esta ó la otra forma, la Belleza afirmada, mediante facultades existentes en él y testificadas por el análisis psicológico, no habrá inconveniente de ninguna especie en admitir cada

uno de los asertos en ella contenidos; que no habian de producirse, todas estas poderosas y fecundas realidades sin que diesen, al propio tiempo, nacimiento y vida al Arte en general, y muy especialmente al Arte por excelencia, al Poético.

Nace efectivamente la Poesía de una manera espontánea, y se proyecta hácia el exterior con toda libertad, determinándose cada vez en una pura forma sensible, en una cierta individualizacion de la idea absoluta de la Belleza, en una cierta limitada figuracion de la Suprema é Infinita realidad bella, siendo esto precisamente lo que constituye su característica y genuina esencia. Y aunque no sea factible, indicar satisfactoriamente el proceso misterioso que sigue el espíritu humano en aquella combinacion inefable que da por resultado la fusion de los dos elementos generadores de la belleza armónica ó compuesta, á saber: la *objetiva* y la *subjetiva*, las cuales al compenetrarse mutuamente producen la belleza artística ó poética; sin embargo, es lo cierto tambien que no podemos negar su existencia ni el poder maravilloso que ejerce sobre los mortales, tan luego como se colocan á la sombra de su benéfica y avasalladora influencia. Nada se opone en el mundo á su mágia deslumbradora y á su universal hechizo: ella domina, soberana é inmortal, en medio de las turbulentas borrascas que agitan el mar enbravecido y tempestuoso de nuestra vida; destacándose, á todas horas, en sus tenebrosos horizontes como el faro luciente que pretende marcarnos el derrotero de nuestras falaces ilusiones y quiméricas esperanzas. ¡Y en verdad que no dejamos de recibir poco consuelo con estos que podemos llamar fúlgidos centelleos y deslumbrantes reverberaciones del ideal, porque, despues de todo, alguna luz, alguna guia, y hasta algun encanto comunican al ánimo pesaroso que desfallece entre tantas y tamañas desventuras!...

Tan pronto como el verdadero poeta se encuentra iluminado por la vision beatífica de la Belleza, tan pronto como se siente dulcemente cobijado por las protectoras y ardientes alas de la Inspiracion; tan pronto, en fin, como su sér, todo enardecido, se inflama al contacto de aquella celeste llama, en seguida, ya sea por medio de *aquella recordacion de lo divino* de que nos hablaron Platon y San Agustin, ó ya por la *participacion de esto mismo divino*, segun afirmaron Aristóteles y Santo Tomás, prorumpe entonces, sujeto siempre al carácter de su inspiracion y á los diversos grados de la misma, en melodiosos cantos contenidos en lenguaje rítmico y cadencioso, y cuyas notas, impregnadas de suavísima armonía, pueden reflejarnos, ó bien *aquel único y solo rayo de claridad celestial*, desprendido sin duda de la Divinidad, ó bien dejarnos contemplar *una perfeccion visible, imágen imperfecta de la perfeccion supre-*

(1) D. Francisco de P. Canalejas, *Curso de literatura general*.—Parte primera.—*La Poesía y la palabra*.—Cap. I.—*La Poesía y sus caracteres*, pág. 86, Madrid, 1868.

ma (1). Y de este y no de otro modo produce la poesía cualquier inspirado vate, haciendo brotar fuera de sí aquella belleza que en su interior hizo sensible, gracias al poder de la Fantasía, y que fué con tanta fruición y en medio de singulares deliquios y trasportes acariciada, concebida y amada por su potente Espíritu, el cual, entrando, digámoslo así, en portentosa ebullición, puso en juego todas las facultades y propiedades de que podía disponer, y entre las que algunas ejercieron una acción general y constante en todos los momentos de la producción, y otras intervinieron parcialmente y de una manera determinada, según la especial naturaleza de cada una, en los diferentes instantes por los cuales iba pasando la elaboración poética.

Y es necesario no perder de vista que á esta gestación delicadísima de la obra poética, en la cual el espíritu humano vá como cristalizando y depurando la belleza que ha de dar á luz, corresponde el medio sensible más adecuado y perfecto que hubiera podido escogitarse, á saber, la palabra humana. La palabra humana, que, elevada ahora á la sublime cualidad de *artística*, revela cuanto á la Poesía incumbe revelar acerca de las varias é indefinidas esferas por las cuales esparcía libremente su poderosa cuanto infatigable actividad. Medio á la vez espiritual y corpóreo, sensible é inmaterial, y, en una palabra, el más inmediato y connatural al hombre, bien merece por las privativas é indisputables condiciones que le distinguen, ejercer la preeminencia que en realidad tiene y ejerce sobre los materiales de que disponen para sus creaciones las demás artes.

Y nada de extraño tiene que, debido á la preeminencia dicha del medio sensible empleado por tan egregio arte, y muy especialmente á la universal relación de íntima, adecuada y sustancial correspondencia que sostiene con el sér humano, pues es como su más genuina y cabal manifestación, traduzca de modo tan fiel y perfecto, no solamente todo lo visto, sentido y elaborado por el poeta, y su total estado anímico, sino también que sirva cumplidamente para hacer que todo ello se comunique con prontitud eléctrica, calor vehemente y energía indomable, á cuantos quieran participar y gustar de las plácidas y puras delectaciones que siempre engendra la desinteresada contemplación de la belleza poética. Ni puede maravillar tampoco la proclamada principalidad de la Poesía sobre las otras artes, y, hasta cierto punto, la imposibilidad con que los estéticos tropiezan al pretender discernir su esfera de acción y los límites precisos que demarcan la indefinida y variada extensión de sus

(1) Con estas expresiones definen respectivamente Tieck y Mengs lo *Bello*.

dominios. Con razón, pues, afirmó Hegel «que la Poesía revela el dominio entero de las ideas, acciones y destinos humanos, el curso de las cosas de este mundo y el régimen divino del Universo.» Y no con menor acierto escribió Leveque, en su laureado estudio sobre la *Ciencia de lo bello*, que «la Poesía interpreta todo lo que es, todo lo que vive; la naturaleza orgánica, la inorgánica, las fuerzas, las almas inferiores, el alma libre y hasta el alma divina»; añadiendo, además, que «reina sin obstáculo en el tiempo y en el espacio; que engrandece y ordena maravillosamente sus creaciones con un lenguaje ideal que le es exclusivo, y sobrepuja á todas las demás artes, no sólo por lo que expresa, sino por la incomparable energía con que lo expresa.» Y Voituren pudo afirmar: «La Poesía debe, por una parte, expresar el Ideal, y por la otra, pintar la realidad, siendo su objeto el llevar á cabo, en grado muy superior á las demás artes, la trasfusión del mundo ideal en el mundo real. Bajo el aspecto de las ideas y de la invención, toda la historia de la Poesía se resume en el progreso que va efectuando el Ideal, ó en la transformación de la realidad, operada por las ideas eternas de lo verdadero, de lo justo, del bien y de la belleza moral. Bajo el aspecto de la forma y de la composición, se reduce á la aplicación más ó menos completa de la noción absoluta de lo bello.» Por idéntica razón, en fin, Chaignet dice: «La Poesía es una verdadera creación de todas las formas de lo bello; es la más completa, la más perfecta y la más independiente de estas formas... La Poesía reúne todas las expresiones de las demás artes; como la Arquitectura, tiene construcciones, simetría y proporcionada disposición de las partes; cincela como el estatuero; pinta cuadros y retratos; tiene el movimiento y el sentimiento de la Música... Es un arte universal, porque no hay asunto que la Poesía no pueda tratar, y si ha podido circunscribirse el dominio de la Escultura, de la Arquitectura, de la Pintura y de la Música, es imposible circunscribir el suyo.»

Y si esto es así, como lo es, bien puede también reputarse sostenible, ó por lo ménos digna de tomarse en consideración, la enseñanza de quien, alegando razones no desatendibles, y que acaso pudieran servir para establecer definitivamente su pretensión, intenta sustentar que «la Poesía es el arte general, el arte universal, lo que por antonomasia se llama Arte.»

....«Cuando estudiamos en los autores modernos, principalmente la definición del Arte, escribe aquel al cual en estos momentos hacemos referencia, les oímos decir que el Arte es la realización del Ideal, es la manifestación de la fuerza espiritual, es la expresión de la belleza en forma sensible; les oímos repetir que el Arte debe expresar toda la concepción

ideal ó bella que alcance el hombre en el mundo del espíritu infinito, toda la idealización á que consiga llegar en la contemplación de la naturaleza creada, toda la dignidad moral á que llegue la voluntad y todas las emociones y los éxtasis que agiten la sensibilidad humana; y cuando vemos que añaden que esto lo debe expresar el Arte de una manera viva, enérgica, inteligible para el espíritu del hombre, penetrando en él directamente, moviéndolo y exaltándolo, comprendemos que de lo que hablan los autores aludidos no es de una mera abstracción llamada arte, no es de un ente de razón, sino que vencidos por la realidad de las cosas, describen los caracteres y la naturaleza de la Poesía, arte universal, arte por excelencia, verdadero arte del cual se originan y en el cual se alimentan las artes particulares, Escultura, Pintura y Música.» (1)

Tal se nos deja ver en su unidad indistinta la Poesía, según el concepto total y sintético que de ella habíamos de formar y teniendo en cuenta las exigencias perentorias de nuestra especulación; restanos ahora, para dar por finalizada la obra, que hagamos el estudio analítico de la misma, presentándola en su distinta y contrapuesta variedad, ó lo que es igual, que disertemos acerca de sus *Géneros fundamentales*.

Si la belleza no existiese de una manera efectiva, produciéndose en varias y diversas esferas, y fuera tan sólo una simple y quimérica fenomenalidad, resultado de una creación fantástica del sér, pero á la cual no correspondiese ninguna realidad objetiva; si, además, esta belleza no pudiese hacerse totalmente sensible por el espíritu humano, que se encuentra capacitado por su propia naturaleza para percibirla tan pronto como brota sonriente y encantadora de las entrañas del mismo; entonces bien pudiera negarse la efectividad de los géneros poéticos, ó sostenerse la teoría hegeliana que funda la división de tales géneros ó especies precisamente en las variadas formas ó representaciones con que la belleza poética se hace perceptible ó contemplable. Pero desde el instante en que admitamos lo contrario, y tengamos presente, á la vez, que toda división que afirmemos de un objeto, de cualquier linaje que sea, debe partir, para ser racional y fundada, de la misma esencia del propio objeto cuyo interior contenido procuremos investigar, se hará inmediatamente preciso é indispensable reconocer la vida particular de todos ellos, como determinándose cada cual con sustantividad inherente, y apareciendo los unos condicionados relativamente por los otros en armónica y recíproca proporción, lo cual constituye el maravilloso y perfecto organismo

(1) Francisco de P. Canalejas. *Curso de Literatura general*, parte primera, *La Poesía y la Palabra*, cap. I, *La Poesía y sus caracteres*, pág. 77. Madrid, 1868.

que expresa y revela íntegramente la unidad de la poesía ya mencionada.

Dejando, pues, á un lado toda clasificación arbitraria, parcial ó pedagógica que de la poesía hayan hecho los historiadores, etnógrafos, humanistas, retóricos, estéticos y preceptistas, la cual no responda como debe á la esencia íntima de aquello que se presume clasificar, y que, por tal motivo, no se compadezca bien con los procedimientos y adelantos de la ciencia contemporánea, estableceremos aquella que esté en adecuada y exacta conformidad con las tres grandes y generales esferas de la Belleza y con las distintas maneras de su manifestación. De este modo obtendremos una división verdadera y esencial que surge indestructible del propio fondo del objeto dividido, y no falsa y accidental basada exclusivamente en su mera forma, y, por ende, sujeta al solo capricho del que intenta establecerla.

Ahora bien, resulta, después de un atento análisis efectuado por la conciencia racional, encerrada en reflexiva contemplación estética, que la Belleza aparece resplandeciente, viva y fecunda, transfigurando con sus esplendentes hechizos é irresistibles encantos estas tres universales esferas en que se produce, determina y mueve todo lo existente, toda la realidad: la *objetiva ó trascendente*, la *subjetiva ó inmanente* y la *armónica ó compuesta*; lo cual da margen á las denominadas por los estéticos,—no con exactitud irreprochable en cuanto á la primera y segunda,—*Belleza real*, *Belleza ideal* y *Belleza artística*. Estas particulares individualizaciones ó determinaciones concretas de la *esencialidad bella*, están en relación congruente y directa con el *género épico*, el *género lírico* y el *género dramático*, no tan sólo en cuanto toca al asunto de lo que se desea expresar en cada uno de ellos, sino también en todo lo que se refiere al modo con que ha de ser expresado, observándose así la tan justamente requerida exigencia de la armonía y compenetración que debe darse entre el fondo y la forma, cualquiera sea la producción artística de que se trate.

Es asunto del primero, por lo tanto, la *Bella objetividad*, ora sea ésta la que á raudales centellea eternamente en el Sér Supremo (*Belleza absoluta, infinita*), ora la que resplandece con destellos más ó menos fúlgidos en las criaturas, á medida que se aumenta ó disminuye su perfección gradual, según la jerarquía que ocupen en el mundo de lo contingente y limitado (*Belleza relativa, finita*). Y así como el primer género es manifestación objetiva de lo bello, el segundo será expresión subjetiva de lo mismo, teniendo, en su consecuencia, que cantar la *Bella subjetividad*, es decir, toda y sola la belleza interior del sér humano en su relación de individuo, y tal como dicha belleza sea pensada, sentida y amada por el hombre, supuestos los diferentes esta-

dos y múltiples circunstancias que determinen su propia é íntima personalidad. En fin, de la union de estos dos nace el tercero y último, en el que, por la asociacion de lo objetivo, se origina la *Belleza dramática ó compuesta*, la cual se produce, ya en la simple y tranquila determinacion temporal de la vida humana, ya en los incidentes opuestos y complejos por medio de los cuales se va haciendo efectiva esta misma vida al relacionarse con otras existencias, bien de su propia naturaleza, bien de otra distinta, superior y áun suprema.

Irracional sería, sin embargo, presumir fuese potestativo en el poeta exteriorizar en sus artísticas creaciones la belleza *simplemente objetiva* ó la *simplemente subjetiva*, pues esto es de todo punto imposible, dada la peculiar constitucion del espíritu, el cual tiene que hacer sensible ó determinar la una ó la otra, y dada tambien la naturaleza propia de lo que ha de ser objeto de esta exteriorizacion ó determinacion y las contrapuestas y especiales relaciones que guardan entre sí lo objetivo con lo subjetivo y viceversa. Por esto enseña, con exquisita profundidad filosófica, un reputado crítico y distinguido catedrático de esta esclarecida Universidad, ser cosa averiguada que: «Lo puro subjetivo no es expresable adecuadamente, y lo puro individual es, sin embargo, objetivo, aunque no á la manera de la objetividad pura. Lo puro objetivo no se da en poesía, porque ni inmediatamente se expresa el objeto, ni el poeta es en su recepcion ni en su expresion tan enteramente pasivo, que no le imprima el sello de su individualidad y lo modifique por tanto. Así, pues, no hay poesía objetiva ni subjetiva, sino poesía *predominantemente subjetiva* ó *predominantemente objetiva*, como no hay literatura bella ni útil, sino predominantemente bella ó útil.» (1)

Antes de caracterizar cada uno de los tres géneros que dejamos ya indicados, importa muy mucho consignemos el orden en que deben colocarse, y aquel en el cual aparecen realmente en el desarrollo histórico, manifestando de paso si esta aparicion es fortuita ú obedece, por el contrario, á alguna razon lógica verdaderamente atendible, como apoyada en una causa racional que haya podido motivarla. É interesa tanto más esto, cuanto que juzgamos necesario rectificar ciertas contrarias apreciaciones que aún hoy privan en determinadas esferas literarias, y que tienen sus patrocinadores, si bien cada día van perdiendo terreno los que las apadrinan, debido, sin duda, á la rigidez científica que se imprime cada vez más y más á este linaje de estudios, y de la cual tanto distaban anteriormente por dejarse arrastrar quienes los cultivaban de la corriente vicio-

sa que los venia impulsando, y que no poco les perjudicaba para el logro de su total perfeccionamiento y cumplido esplendor.

El género, pues, que primeramente se desenvuelve es el *Epico*; como que su fin es el cantar la belleza exterior, la belleza objetiva; aquella especie de belleza que necesariamente había de sorprender y embelesar al hombre ántes que cualquiera otra lo hiciese, porque el hombre vive primero fuera de sí, sumergido por completo en el mundo sensible, sujeto á las deslumbrantes impresiones de los sentidos, y arrastrado por las fuertes sensaciones que estos le proporcionan; solicitado, en una palabra, por los mil fenómenos de la Naturaleza, y absorto en muda y religiosa contemplacion, en medio del sorprendente y majestuoso espectáculo que á todas horas le ofrece la realidad material, ántes que pueda replegarse sobre sí mismo por un esfuerzo consciente de su voluntad, y escudriñar reflexivamente lo más íntimo de su vida espiritual, contemplando con luminosa y escrutadora mirada las profundidades más oscuras y recónditas de todo su sér, para de este modo aquilatar con independenciam y libre criterio el valor inapreciable de sus innatas ideas, de sus atrevidos pensamientos, de sus movibles, ardorosos y apasionados sentimientos, y de sus potentes é irresistibles voliciones. Y hasta que no llega este momento decisivo, bien puede afirmarse que el sér humano no tiene cabal y perfecta conciencia de su vida interior, de la vida total y completa del espíritu, viviendo de prestado, digámoslo así, y constantemente sometido á extrañas y exteriores influencias. Por lo mismo no le es dado tampoco el poder percibir y apasionarse de aquella belleza subjetiva, propia del *Género lírico*, que tal conocimiento puede y debe más ó menos despertar en él indefectiblemente. Y esto acontece de igual suerte en la esfera científica, moral y religiosa, que en la social, artística y literaria. La conciencia íntima de la propia individualidad y de la personalidad libre, no se despiertan, no, en las primeras edades humanas, son producto obligado de las reflexivas y maduras; bien así como el árbol no ostenta los sazonados y deliciosos frutos que contienen lo más exquisito, sustancioso y esencial del gérmen que los engendró, sino cuando ha alcanzado todo su crecimiento natural y ha obtenido toda su hermosura y lozanía. Excusado parece indicar, despues de lo dicho, que el *Género dramático* resultado de los dos anteriores, que entran como factores indispensables á componerle, y armonizacion cumplida de las antinomias y antagonismos de uno y otro, no se deja ver digna y noblemente, sino en momentos históricos de gran cultura, ó lo que es lo mismo, cuando la conciencia humana tiene pleno y absoluto dominio de sí y de sus levantados destinos; entónces

(1) *Principios de literatura general é Historia de la literatura española*, por D. Manuel de la Revilla y D. Pedro de Alcántara García. Tomo I, pág. 131, lec. 24. Madrid, 1872.

será cuando la belleza compuesta, revelada por semejante género, pueda manifestarse adecuadamente, y el inspirado vate que lo lleve á cabo llenar con provecho y gloria los trascendentales fines que á ella están vinculados.

Género Epico, Lírico y Dramático: tal es, por consiguiente, el orden progresivo é insustituible en que aparecen y se desenvuelven en el tiempo y en el espacio estas tres fundamentales determinaciones de la Poesía, interiores aspectos, diversas fases del organismo poético y verdaderas especies cualitativas, reveladoras de cuanto bello, sublime, infinito, eterno y divino se encuentra en él contenido. Dicha aparición cronológica no es debida al mero capricho, al acaso, sino que obedece, según hemos visto, á una ley biológica del espíritu inmortal, tan indefectibles, aunque libres, como lo son las fatales que rigen y regulan el mundo de la materia perecedera y mudable.

Es, en efecto, primera manifestación de la Poesía, la *Epica*, como expresión de la belleza *predominantemente objetiva*, y mediante ella, las facultades creadoras del poeta desaparecen, en cuanto es posible que así suceda, ocupando lugar preferente las reproductoras, las cuales le habilitan para cantar el ideal alentado por el pueblo á que pertenece, las aspiraciones de la raza de la cual forma parte, el sentido religioso, moral, científico y artístico de las muchedumbres; las nociones que sobre las tres grandes concreciones de la Realidad—la Naturaleza, el Espíritu y la Humanidad—hayan tenido los personajes que juegan en su poema; la exposición armoniosa y fiel de las leyes generales y principios constantes é inmovibles que gobiernan y rigen el Universo; y, por último, las ideas que sobre el Sér Infinito y Absoluto han alcanzado las criaturas finitas, ya acerca de la esencia del mismo y sus infaltables atributos, ya también acerca de las relaciones personales, sagradas é íntimas que han creído sostenían con él, por medio de la religión positiva que profesaban, y conforme á la cual le rendían adoración respetuosa y ferviente culto. He aquí el vastísimo campo que recorre la Musa épica, la cual, ora narrando, ora exponiendo, ora describiendo, según la naturaleza especial de la producción poética, admite también un interior contenido de partes ó variedades que podemos llamar *sub-géneros*, y los cuales van respondiendo respectivamente á la diversidad que entraña y engendra el fondo ó asunto por ella expresado. Así se ostenta ya radiante y majestuosa desde los primeros crepúsculos de las más remotas civilizaciones de que tenemos noticia, la determinación parcial *Epico-didáctica* (Poemas filosóficos), precediendo á todos sus congéneres el *Epico-religioso*, como manifestación necesaria de la primera é indispensable relación natural que en la

existencia humana se produce; sigue después la *Epico-heróica* (Poemas históricos), que, á diferencia de la anterior, en la cual se mostraba la belleza objetiva que se desprende de lo esencial, inmutable, absoluto, permanente y eterno, que se da en las cosas, es decir, la refulgente belleza de las ideas; entona ésta cánticos grandiosos, en los que se pregonan los esplendores bellos que brotan de los hechos variables, de los complicados sucesos, de los acontecimientos, en fin, que se desenvuelven con rapidez vertiginosa é incansable, y que forman la rica cuanto accidentada trama de la humana vida, tan llena de peripecias imprevistas y de tan contrarios accidentes, ora prósperos y venturosos, ora adversos, infaustos y desesperantes. La *Epopéya* (Poemas compuestos ó sintéticos), coronamiento de aquellas magnificentísimas construcciones, espléndido remate de aquellas parciales obras, síntesis acabadas de tan opuestas concepciones, comprensiva armonización de la idea inmutable y esencial y del hecho pasajero y accidental, viene á ser, por último, adecuadísima y nobilísima expresión de la completa y total belleza objetiva, constituida por todos los elementos que pueden en la misma producirse y considerarse.

Después de la *Epica*, primera manifestación fundamental de la Poesía, según queda expuesto, se desarrolla la *Lírica*, expresión de la belleza *predominantemente subjetiva*; es decir, de aquella belleza que se opone á la anterior, que es antitética de la misma, y en la exteriorización de la cual campean todas las facultades creadoras del artista, manifestándose y apareciendo éste primera y principalmente como sér activo y productor, en contraposición de lo que acontecía en la *Epica*, en que se mostraba más bien como receptor y pasivo. En la primera, el poeta venía á ser á modo de cristalino y terso espejo, en el cual se reflejaba toda la realidad exterior, luciendo con fidelidad los mil matices bellos que le decoraban: en la segunda, por el contrario, se proyecta hácia fuera toda la belleza interior que esconde el sér humano en cuanto él es y en sí está contenido; es decir, no solamente en lo que respecta á su esencia, sino también en cuanto dice relación á sus múltiples y variados estados. La vida íntima, la existencia psicológica, propia é individual del hombre: hé aquí lo que constituye el fondo, lo esencial, la materia principalísima de la Poesía lírica, pues aunque no esté vedado totalmente y en absoluto al poeta cultivador de tal género el cantar lo objetivo, lo distinto de sí, debe entenderse siempre que ha de hacerlo bajo un aspecto subjetivo, expresando la emoción, el sentimiento, la impresión que esto exterior haya producido en su espíritu, y dejando conocer claramente el total estado que en su ánimo haya originado aquello que sea en tal mo-

mento objeto de su canto. Trasparentarse deben, por consecuencia, con precisa puntualidad, las excitaciones de su conciencia, los latidos de su corazón y las veleidades ó firmezas de su voluntad. Todas las virtudes que en aquel instante germinen en el alma, todas las esperanzas que se abriguen, todos los temores que asalten, todos los desfallecimientos que se padezcan, todos los favores y consuelos que se disfruten, todo el entusiasmo, en fin, que se atesore, debe evidenciarse de una manera inequívoca, para que pueda atribuírsele con justicia y propiedad al asunto de que se trate el dictado de lírico. Todo esto puede ser, y es, en conclusion, objeto de la Musa lírica, más que ninguna espontánea y libre, más que ninguna ardiente y apasionada, y más que todas rica en sus formas, caprichosa en sus determinaciones, audaz en sus elevados y atrevidos vuelos, y sin igual en cuanto á revelar lo más característico y privativo de la esencialidad humana, á saber, el don inapreciable de su inquebrantable y firmísima libertad. Por esto, semejante género es, sin disputa, tan propio de edades como la nuestra, en las que tanto y tanto predomina la convicción y el sentimiento arraigadísimos de la propia individualidad, del subjetivismo más libre y absoluto. Son estos que corremos, indudablemente, tiempos de análisis minucioso, de crítica severa, de verdadera transición, y por lo tanto, sumamente á propósito para el florecimiento del lirismo. Hoy, cuando de todo se duda y sobre todo se formulan interminables cuestiones; cuando todo se socava, hasta aquello que parecía resistir más, por su inmovible fundamento, al ariete formidable del libre exámen; cuando ni aún lo más excelso ni lo más sagrado está fuera del alcance de la piqueta demoledora de la censura científica; hoy, cuando se derrumban con estrépito los más venerandos ideales, y con los cuales se estaba más encariñado, para ser sustituidos por otros que hacía poco eran odiosos y despreciados; hoy, cuando se está dispuesto á quemar mañana lo que se adoró ayer; hoy, cuando todo se encuentra en completo movimiento, en total ebullición, en transformación incesante; hoy, sí, hoy es seguramente una edad muy apta para que desplegue su libérrimo vuelo la Musa lírica, entonando cantos que estén en correspondencia y armonía con este mundo tan lleno de perplejidades y dudas, de temores y de escepticismos, y, á la par, tan fecundo en sonrientes esperanzas, tan animoso y denodado y tan propicio á prestar fe ciega á tan opuestas teorías y tan contradictorias enseñanzas. Por esto también es punto ménos que imposible especificar con acierto los sub-géneros que pueden brotar de su fecundísima é inagotable naturaleza, y determinar sus caprichosas formas, porque, como se ha dicho recientemente por voz muy competente, son

tan vastos sus dominios y tan delicada y numerosa la gamma de sus variedades, que desde el himno épico aún, hasta el distico humorístico de Heine, va pasando por todas las formas de la métrica, por todas las armonías de la rítmica, por todos los conciertos de la versificación (1).

En el *Género dramático*, tercera y última diversidad que afecta la Poesía, resalta la belleza *objetivo-subjetiva*, ó lo que es idéntico, la belleza compuesta, síntesis y armonía de las dos anteriores, y expresión adecuada y perfectísima de la que resplandece en la vida del hombre. Diferénciase ésta de las que dejamos analizadas, en que se hace sensible mediante la representación de una acción humana, que se desenvuelve en forma dialogada, como es consiguiente, y la cual se manifiesta con todos los atributos propios de la realidad. De esta representación, y de la manera distinta con que se emplea el medio sensible de expresión, la palabra hablada, nacen nuevos y especialísimos caracteres que lo distinguen de todos los demás, y que exigen el concurso de diversas artes, las cuales contribuyen á imprimirle el sello sintético de que disfruta, y á comunicarle nuevos encantos y mayores atractivos. Es, pues, la Dramática, determinación superior en que se funden y enlazan en recíproca y perfecta consonancia, de un lado, el elemento bello, ideal y eterno, y del otro, el temporal y humano. Esto motiva que entre todas las individualizaciones de la esencialidad poética, sea ésta la más compleja, la más viva y real, y la que ejerce, por su condición eminentemente humana, una influencia más palpable y determinada en la vida de los pueblos, en particular, y de las sociedades en general. Pero como la existencia humana puede revestir diferentes aspectos y puede producirse bajo contrarias relaciones, de aquí también que el género de que nos ocupamos admita una triple división, ocasionada por las fases capitales que presenta la misma existencia. Así, el poeta puede cantar, ó bien lo serio, solemne, majestuoso, lamentable, doloroso y sublime de la vida, y la perturbación consiguiente producida por el desequilibrio voluntario ó involuntario de las eternas leyes que producen el orden moral, religioso ó social (Tragedia); ó bien, por el contrario, el aspecto alegre, divertido, sereno, comun, privado, doméstico y tranquilo de la propia vida (Comedia). Pero como uno y otro subgéneros aparecen en diametral oposición por el asunto, la forma y las emociones diversas y contrarias que despiertan en el ánimo de los espectadores, se echá de ménos y se anuncia desde luego otra especificación de la belleza dramática, en que se compongan y armonicen

(1) D. Francisco de Paula Canalejas, en su discurso *Del estado actual de la Poesía lírica en España*.—Madrid. imprenta Central.

las contrariedades señaladas. Tal exigencia cumple el *Drama*, propiamente dicho (Tragi-Comedia), en el cual se resuelven armónicamente todas las violentas oposiciones que se dejaban ver en la *Tragedia* y la *Comedia*. El *Drama*, pues, manifiesta cumplidamente, y en toda su realidad, la belleza, compuesta de la vida del sér racional. Esta circunstancia explica satisfactoriamente la gran popularidad de que disfruta, y al mismo tiempo su aparición, desarrollo y florecimiento efectuados principalmente en las épocas históricas, compositivas y armónicas, ó que por lo ménos tienen tendencia marcadísima á serlo, pugnando tenazmente por alcanzarlo, y no en las exclusivas y parciales.

Creo haber tocado, al término de mi obra, y haber llenado, en cuanto mis débiles y escasas fuerzas lo consintieron, la obligacion que me impuse cuando pretendí desenvolver el asunto de la tésis que ha servido de tema á mi discurso, á saber: *La Poesía y sus géneros fundamentales* (1). En cuanto las condiciones de un estudio de la naturaleza del presente me lo han permitido, he procurado exponer doctrinas y enseñanzas dispensadas por dignísimos profesores, honra y lustre de esta famosa Universidad, y que hice propias por conviccion libre y aceptacion voluntaria. Ignoro si mi trabajo me hace acreedor á la distincion que solicito; de todos modos, vosotros al decidirlo, y yo al aceptar sumiso vuestro fallo imparcial, despues de haberme esforzado por merecerla, habremos cumplido con los respectivos deberes que la propia conciencia nos impone, y, por lo tanto, podremos descansar tranquilos y satisfechos, afianzados en el testimonio irrecusable de la que nunca jamás nos engaña, si desapasionadamente y con serenidad de espíritu la consultamos.

EMILIO DE LOS SANTOS FUENTES.

(1) Héme circunscrito exclusivamente á esclarecer el concepto de mi proposicion, por lo cual he omitido hablar de algunas determinaciones poéticas, épicas, líricas y dramáticas, que estimo no se comprenden en el tema propuesto, haciendo mencion tan solo de los *géneros fundamentales*, es decir, de aquellos que pueden y deben ser considerados como los absolutamente indispensables y necesarios, como los verdaderamente principales y generadores de los demas, y que han obtenido un desarrollo histórico mayor y más digno de tomarse en consideracion y aprecio. Obedeciendo á esta misma causa, no he distraído mi atencion manifestando las grandes producciones poéticas, pertenecientes á cualquiera de estos tres géneros fundamentales, que en el curso de las edades han aparecido; una y otra cosa creí que holgaban en este discurso, el cual tenía que concretarse taxativamente á los límites precisos designados por los vocablos en que el asunto se fijaba.

LAS GLORIAS DE NUREMBERG.

Quisiera cantarte y celebrarte, ¡oh Nuremberg! honor del suelo aleman, como te cantaba tu hijo entusiasta Hans Rosenplüt, y así como tú has celebrado á San Lorenzo, el ferviente cristiano que vió la luz en el suelo de España, dedicándole una iglesia adornada con maravillas del arte y conmemorando sus dias, ha de celebrarte á tí tambien la agradecida España.

¡Qué tiempo tan feliz era el en que ceñías á tu sien sacros laureles que te hicieron la envidia de las naciones! En aquella época fecunda para las artes y para las letras, para el saber y para la industria, el genio aleman se encarnó en el gran discípulo de Miguel Wolgemut, el majestuoso *Alberto Durero*, el príncipe de la pintura, que se vió rodeado de discípulos tan aventajados como Hans de Kulmbach y Hans Schäuffelin, y de un triunvirato de artistas insignes: *Adán Krafft*, *Vito Stoss* y *Pedro Vischer*. En aquella época brillante, el zapatero *Hans Sachs* se consagró al canto armonioso, y el noble preboste de la iglesia de San Sebald de Nuremberg, Melchor Pfinzing, escribió el *Teurdank*. En aquella época, *Martin Behaim*, que nació en Nuremberg en 1459, hizo, encargado por Juan II de Portugal, sus grandes expediciones, descubrió el Brasil, é hizo en 1492 en Nuremberg el primer globo. En aquella época, *Wilibaldo Pirckheimer*, el amigo y protector de Alberto Durero, se distinguió por su saber profundo, y tradujo á los clásicos griegos y romanos; y un sencillo maestro cerrajero, *Pedro Héle ó Hénlein*, de quien el rey Luis de Baviera, reconociendo sus méritos, hizo uno de los socios de la *Walhalla*, inventó los llamados *huevos de Nuremberg*, la forma primitiva de los relojes de faltriquera. En aquella época, el nurembergués Sebald Schreyer fué un modelo refulgente de filantropía, debiéndose á su inciativa el hospital de San Sebastian de Nuremberg, que acogió á los enfermos de la peste; y el piadoso Martin Ketzler viajó dos veces á la Tierra Santa, la segunda vez sólo para trasladar á su patria la medida de las distancias de las estaciones de Nuestro Señor que había perdido en su primer viaje.

Las alabanzas de Nuremberg las hizo un socio de la *Walhalla*, á quien yo he de tributar tambien los elogios merecidos, *Juan Müller*; llamado *Regiomontano* por haber hallado su cuna en Koenigsberg, cerca de Würzburgo. Este gran matemático y astrónomo, que nació el 6 de Junio de 1436 y que desde 1471 á 1475 vivió en Nuremberg, escribió en 1471 á un amigo suyo: «He fijado mi residencia en Nuremberg, así por los instrumentos que esta ciudad me facilita, sobre todo los instrumentos astronómicos en que estriba la astronomía entera,

como por el trato que desde aquí se puede mantener con hombres ilustrados, donde quiera que vivan, porque la ciudad de Nuremberg es considerada desde tiempos antiguos cual centro de Europa, á causa del comercio de sus mercaderes.»

Juan Müller era el discípulo del célebre matemático Jorge de Peurbach. Visitó á Italia para aprender el griego, y ántes de fijar su residencia en Nuremberg vivió en la corte de Matías Corvino. En Nuremberg, en union de Bernardo Waltker, hizo un foco de astronomía y estableció una imprenta de que salieron los libros más correctos. El Papa le llamó á Roma para que corrigiese el calendario, y le nombró obispo de Ratisbona; pero, aún en la Ciudad Eterna, una muerte temprana le arrebató al mundo el 6 de Julio de 1476. ¿Qué diré en su elogio sino que observó los cometas, siendo el primero que los consideró cuerpos celestes; que añadió á su calendario, impreso en 1475 en Nuremberg, el curso del sol, de la luna y de los planetas; que hizo algunos instrumentos matemáticos y astronómicos; que introdujo el uso de las tangentes en la trigonometría, y que corrigió el álgebra?

Mientras el espíritu de *Regiomontano* con alas de águila se levantaba al sol, las regiones del cielo se abrieron para artistas elevados que al suelo nurembergués daban timbres portentosos.

Antes de ocuparme de *Alberto Dürero*, el más alemán de los maestros alemanes, en que brilla como en el que más la dignidad moral del arte germano, y á quien he de dedicar un capítulo especial, séame lícito hablar de tres artistas con que tropezamos en Nuremberg á cada momento y á cada paso: el cantero y escultor *Adan Krafft*, coetáneo de Miguel Wolgemut; el escultor en madera *Vito Stoss*, y el fundidor de bronce *Pedro Vischer*, contemporáneo de Dürero.

Lo único que se sabe acerca de la vida de *Adan Krafft* es lo poco que voy á referir. Era hijo del arcabucero Ulrico Krafft, residente en Ulm hácia el año 1430, y murió en 1507 en el hospital de Schwabach cerca de Nuremberg. Era original en todo lo que hacía y, para no perjudicar la índole y las peculiaridades de sus oficiales aventajados, no intervenía directamente en sus trabajos, sino que instruía á un allegado estúpido, como si quisiera hacer de él un buen maestro, pero solo para que éste sirviese de ejemplo á sus buenos oficiales para que hiciesen las cosas precisamente de distinto modo que el estúpido. A su mujer, bautizada con el nombre de Magdalena, la apellidaba Eva, porque llamándose él Adan no quería tener por compañera sino una Eva. Deseaba tanto aprender, que aún siendo anciano, en union de sus amigos el fundidor de bronce Pedro Vischer y el calderero Sebastian Lindenast, se ejercitaba en el dibujo.

Sus obras tienen algo popular, y para nosotros algo patrio, porque el artista que aspiraba á la verdad de la naturaleza como los neerlandeses y Wolgemut, revestía sus figuras santas de los trajes propios de Nuremberg y sabía imprimirles un carácter individual.

Una de sus creaciones á la par más conocida y más temprana, pero que por desgracia ha perdido ya por los estragos del tiempo mucho de su pureza primitiva, es *Las Siete Estaciones de Jesus*, que desde la Seilergasse de Nuremberg se extienden al cémeterio de San Juan: siete pilares de piedra arenisca, cuya parte superior la componen alto-relieves, teniendo de alto cinco piés y seis de ancho. Vese al Redentor, al Mártir Sublime, marchar bajo la Cruz: «es el dorado sol que va al ocaso, el cedro que desgaja la tormenta.»

Una de las representaciones más tiernas es la en que el Salvador dirige la palabra á las hijas de Sion; y el alto-relieve más delicado recordando el sentimiento entrañable de Alberto Dürero, es el sétimo, en que se ve el cadáver de Jesus, á quien José de Arimatea, los ojos fijados en el cielo, levanta con el mayor cuidado por debajo de los brazos, y en cuyos labios su Madre desolada, que postrada de hinojos vuelve con ambas manos hácia sí propia la cabeza del hijo de sus entrañas despojada de la corona de espinas, está imprimiendo el postrer beso, mientras su vecina apoya la mano izquierda del Señor, y Magdalena baña con sus lágrimas el paño funerario. Ante este Cristo, este José de Arimatea y estas santas mujeres, exclamaremos: Este es *nuestro* Cristo, el cadáver más querido y más llorado; estos hombres que lloran por el que inmoló su excelsa vida, somos *nosotros*; estas mujeres que al llorar enaltecieron el llanto, son *nuestras* mujeres queridísimas, retratadas en la belleza entera de su ánimo piadoso.

La obra postrera de Adan Krafft, la que consumió sus últimas fuerzas, la ostenta la capilla funeral de los Holzschuher en el cémeterio de San Juan de Nuremberg. Es el *Santo Entierro*, compuesto de 15 figuras de tamaño natural de piedra arenisca. No podía ser dura la almohada de la muerte para quien pasó el último año de su vida en crear obra tan conmovedora. Vese á la *Dolorosa* «sin clavos y sin crucifijo» velando su rostro lo mismo que el sol se velaba á la muerte del Señor; vese á Magdalena besando aquellos piés sobre los cuales ántes había vertido nardo y en larga vena lastimero llanto, y que había secado con el luengo velo de oro de sus blondos cabellos. Vese á José de Arimatea y á Nicodemos que con cuidado tiernísimo colocan el cadáver de Jesus en la tumba de rocas, y en la figura de José reconocemos al piadoso artista que creaba cosas tan grandes.

Uno de sus alto-relieves más admirables por la expresión de las figuras es otro Santo Entierro que se encuentra fuera de la iglesia parroquial de San Sebald de Nuremberg, enfrente del ayuntamiento. Esta obra la llevó á cabo en 1492, encargado por el benemérito fabriero Sebald Schreyer.

Detrás del altar mayor de la iglesia de San Sebald, en la pared del coro, existen tres alto-relieves, de cinco piés de alto y otros tantos de ancho, labrados por nuestro artista en 1501: la Eucaristía, el monte Olivete y la prision de Jesus, ostentando los Apóstoles las cabezas magníficas de los senadores de Nuremberg.

Adan Krafft puso su arte, no sólo al servicio de la Iglesia, sino también al de la vida popular, y supo levantar por encima de lo vulgar lo que pertenece á la pintura de género. ¡Qué gracioso y animado es, por ejemplo, su alto-relieve que, teniendo de alto dos piés y ostentando como fecha el año de 1497, se encuentra por encima de la puerta de la Balanza de la ciudad de Nuremberg! El pesador, encontrándose en el medio de la escultura, examina concienzudo el balancear del astil que ha de compensar el peso y un grueso bulto por el cual deben pagarse los impuestos, y se ve al dependiente del pesador pronto á añadir otro peso, mientras que el mercader tarda en sacar el dinero de su bolsillo.

No me detendré en hablar de los tabernáculos que Krafft labró para las iglesias de Schwabach y de Heilsbronn, limitándome á decir una palabra sobre su magnífico tabernáculo de la iglesia de San Lorenzo de Nuremberg. Esta es una obra esbelta, de 64 piés de alto, teniendo por abajo una baranda á que conducen dos escaleras y está sostenida por tres figuras de tamaño natural, representando al maestro con gorro, pala y mandil, y á sus dos oficiales. Los pilares de la baranda los adornan ocho figuras de santos, mientras en los estribos del tabernáculo véanse entre doradas rejas las figuras de Moisés, de San Juan, de María y de Jacobo el Menor. Por encima del tabernáculo propiamente dicho, se levanta una torre decorada con figurillas de personas santas y con alto-relieves representando la Pasión. Aquella torre esbelta y delicada tiene por remate la figura del Señor resucitado, bendiciendo con la diestra, y teniendo en la izquierda el lábaro de la victoria. Dice la tradición que el nurembergués Hans Imhoff mandó hacer aquel tabernáculo en sufragio del alma de su criado y en expiación de su propia culpa, pues Imhoff la tuvo de que su infeliz sirviente fuese ejecutado por la falsa sospecha de haberle robado un vaso de algún precio.

Hablaré también una palabra acerca de un artista respetable, el escultor en madera Vito Stoss, que, siendo natural de Cracovia, parece haber emigrado á Nuremberg en 1495, y que alcanzó una edad de

noventa y cinco años, falleciendo en 1542. Mezclaba la pintura á la plástica, pintando sus esculturas de madera, que se distinguieron por lo entrañable de la expresión y lo suave de las formas; y ya desde la remota Cracovia su fama llenaba los espacios y se extendía á Portugal, cuyo rey, según dice Juan Neudörffer en la obra interesante *Noticias de los principales artistas y artífices que vivieron durante un siglo en Nuremberg*, que publicó en 1546, y que aún hoy es nuestra fuente principal respecto á los artistas nurembergueses, le encargó esculpir en madera las figuras de Adán y de Eva, y aquellas figuras, á la vez adornadas con oro y pintadas, eran de una naturalidad tan pasmosa, que cuantos las contemplaban se estremecían y en el primer momento no podían pronunciar palabra alguna, pues les parecía que aquellas figuras vivían; de modo que pudiera decirse que Vito Stoss hizo de la madera hombres y convirtió á los hombres en estatuas.

El maestro fué la sobriedad misma, no bebiendo nunca vino; pero en la senectud tuvo la desgracia de perder la vista: tan grande era el esplendor de su última creación, un Crucifijo peregrino, que se apagó la luz de sus ojos.

La obra maestra de Vito Stoss existe aún hoy cerca del tabernáculo de Adan Krafft, en la iglesia de San Lorenzo de Nuremberg, encontrándose suspendida en la altura entre la nave y el coro. Es una magnífica escultura de madera, que tiene de alto diez piés y representa la Anunciación de Nuestra Señora. Tiene por marco una guirnalda de rosas de escultura que pudiera llamarse la aureola inmortal del artista. Véase en aquella guirnalda, á los piés de María Santísima, retorcerse vencida una serpiente, teniendo en la boca la poma, y es un símbolo de que, según la bellísima metáfora del vate Conrado de Wurzburg, por el Ave haya sido vencida Eva, y de que la maldición que en el Antiguo Testamento Eva traía sobre los mortales por su desobediencia, los haya salvado el Ave del Nuevo Testamento.

Pero el maestro más popular y más ínclito y tan modesto como incansable, fué el fundidor de bronce Pedro Vischer, cuyo busto adorna también la *Walhalla* y cuya fundición la visitaron hasta los magnates y los príncipes. Este hijo de Vulcano y de los Cíclopes nació de una familia de fundidores de cobre, y fundió lo mismo candeleros de latón para el uso doméstico que la preciosa tumba de San Sebald. Formando contraste con Adan Krafft, adicto á la escuela patria, aspiró también en sus obras puramente alemanas á la nobleza de la forma, y concluyó siguiendo las influencias italianas del Renacimiento, sobre todo en su célebre tumba de San Sebald, que, ayudado de sus hijos Pedro, Hermann, Hans, Pablo y Jacobo, ejecutó desde 1508 á 1519 para la iglesia de San Sebald de Nuremberg. En aquella obra no-

ble, elegante y valiosa, que se debió al impulso del fabriquero Sebaldo Schreyer, y cuyo importe fué pagado de las limosnas recogidas por dicho patrio, el estilo gótico y el Renacimiento, la fantástica Edad Media y el tiempo nuevo se dan la mano para formar un conjunto á la vez caprichoso y encantador.

Aquella creacion prodigiosa del genio de Vischer, en cuyas preciosísimas esculturas toma parte así el cristianismo como la mitología y la contemplacion de la naturaleza y de la vida, es un baldaquino de bronce que, teniendo de alto 15 piés, de largo $8 \frac{1}{2}$ y de ancho $4 \frac{2}{3}$, se levanta por encima del sarcófago de roble que encierra los restos mortales del santo, terminando la pirámide média del techo con la figura del Príncipe de la vida, el Niño Jesus, que lleva el globo, miéntras ante los pilares del baldaquino, sobre columnitas semejantes á candelabros, están los doce Apóstoles, estas columnas de la Iglesia, y en los remates de los pilares se ven á los doce profetas del Antiguo Testamento.

Las figuras todas están labradas en el estilo más noble de los escultores italianos, pudiendo rivalizar con las obras de Ghiberti. El sarcófago descansa sobre un pedestal adornado con cuatro bajo-relieves peregrinos que representan la leyenda de San Sebaldo, que, segun dice la tradicion, naciendo de un rey de Dinamarca en tiempos de Constantino, fué dotado del don prodigioso de hacer maravillas, y murió en la selva imperial próxima á Nuremberg. El pedestal del sarcófago lo están sosteniendo del-fines mudos y caracoles, reptiles que parecen indicar el silencio eterno de la muerte; en los cuatro ángulos del pedestal existen por abajo las figuras desnudas de los vencedores de leones y serpientes, los heróicos Nemrod y Sanson, Perseo y Hércules, teniendo en el medio á las figuras femeninas de las cuatro virtudes cardinales: la Fuerza, la Templanza, la Prudencia y la Justicia. En los ángulos de la tumba hay candelabros sostenidos por sirenas, los símbolos de la seducción, y los piés de los pilares y candelabros encuéntranse enlazados con coronas de bronce en que algunos niños están meciéndose, los unos, los de abajo, ocupados en cosas inútiles, siendo otros, los del medio, aún bastante inhábiles, pero pareciendo los de arriba angelitos encantadores. El artista parece haber querido indicar en aquella obra magistral que el mundo ideal, sublime y celeste, simbolizado por Cristo, los Apóstoles, los profetas y los serafines, ha de triunfar del mundo terrestre representado por la copia de figuras que existen en la parte baja del monumento.

Bajo las figuras de los Apóstoles está la de San Sebaldo, miéntras del otro lado estrecho del pedestal se ve al maestro Pedro Vischer ostentando su sencillo traje de fundidor de bronce, y no obstante

su modestia, una conciencia noble de sí propio. Y así como el popular é incomparable artista, la gloria de Alemania, se representaba á sí mismo en la tumba de San Sebaldo cual hombre robusto y alto, de barba crespa, el delantal suspendido de los hombros, vive y vivirá en la fantasía del pueblo.

JUAN FASTENRATH.

Colonia 7 de Febréro de 1877.

VOCABULARIO DE LA ECONOMÍA.*

LEY MONETARIA.

Es la relacion establecida entre el metal *fino* y la *liga*, que se emplean en la moneda, ó sea la cantidad de metal precioso que ha de contener ésta. Se dice que la ley es *alta* cuando la aleacion es poca, y *baja* en caso contrario; y se llama *permiso* al limite dentro del que la moneda puede separarse de la ley por exceso ó por defecto, sin dejar de ser legítima.

La composicion de la moneda y el uso de las aleaciones se propone dos objetos: primero, el de facilitar su acuñacion y aumentar su consistencia; y despues, el de compensar el coste de la fabricacion; porque si la moneda sólo tuviera metal fino, entónces su valor sería mayor que el que representa en tanto como importaran los gastos hechos para elaborarla.

LIBRE CAMBIO.

Es el sistema que proclama como régimen único del comercio la accion de la oferta y la demanda, y rechaza todas las limitaciones y obstáculos puestos por los Gobiernos á la circulacion de la riqueza.

Los fundamentos del libre cambio son los fundamentos del cambio mismo. El hombre aislado es incapaz de satisfacer por sí todas sus necesidades; há menester del concurso de sus semejantes, que se hace efectivo por el comercio de cosas y servicios: cuando esta comunicacion se halla expedita, cada cual se esfuerza en obtener el mayor número de productos de cierta clase para trocarlos por los otros que le hacen falta, y en mejorar las condiciones de su industria para hacer frente á la competencia; pero si se imposibilita el cambio ó se le ponen restricciones, la actividad perderá ó verá disminuirse esos estímulos, se detendrá la division del trabajo, y será preciso violentar las aptitudes personales y las demas condiciones productivas para obtener directamente todos los medios de satisfaccion, haciéndose imposible el natural progreso y desarrollo de la produccion y el consumo de la riqueza. Esto que tan claro se ve tratándose de los individuos, ha

* Véanse los números 161, 162, 163 165 y 166, págs. 365, 398, 439, 500 y 522.

de ser verdad aplicado á las familias, los pueblos, las provincias y las naciones; con tanta más razón, cuanto que, según se extienden las esferas, más señaladamente se muestra la diversidad de las vocaciones y la diferencia en los medios económicos nacida de la composición del suelo, el clima, etc. Sin embargo, por una de esas contradicciones tan frecuentes, al considerar los fenómenos sociales, se sostiene, y, lo que es peor, se practica el principio de que el cambio internacional da resultados distintos que el privado y el interior de un país, y debe ser regido por los Gobiernos, ora limitando la exportación para evitar la carestía de ciertos artículos, ora la importación para impedir la baratura de productos determinados. De aquí las prohibiciones y los derechos protectores exigidos en las Aduanas.

La exportación quiere decir que hay en una nación productos que exceden á las necesidades de su consumo, ó que tienen mejor precio en mercados extranjeros, así como la importación tiene lugar respecto de aquellos artículos que no se producen en el país ó que se consiguen fuera más baratos. Prescindamos de la cuestión de derecho, aunque pudiéramos presentarla como decisiva, y veamos si los beneficios que indudablemente obtienen los industriales dedicados á esas operaciones, pueden convertirse en daño para la masa general de la riqueza. Los productos se cambian por productos, y no es posible exportar más de lo que se importa en una nación, á menos de que vaya á regalar sus productos al extranjero, ni puede la importación exceder á las exportaciones, porque tampoco se reciben gratis las mercancías de otras naciones. La entrada y la salida de los productos son, pues, hechos simultáneos, y han de representar cantidades equivalentes en absoluto; pero como cada uno de esos valores es para el pueblo que los recibe relativamente mayor que el que da en cambio, porque de otro modo no tendría objeto el movimiento, resulta que las naciones ganan con la exportación lo mismo que con la importación, y que ambos comercios son igualmente provechosos, como todo cambio lo es para el productor que vende y el consumidor que adquiere.

Pero se dice: no es la exportación de los productos que sobran la que ha de limitarse, sino la de aquellos que escasean, así como no se debe poner restricciones á la importación de los artículos que no existen en el país, sino á la de aquellos otros que vienen á hacer una competencia desastrosa á la industria nacional. Pues bien; los resultados son iguales en ambos casos: en el primero los productores pierden el aumento de beneficio que buscaban en los mercados extranjeros, y ese beneficio hubiera redundado en provecho general, porque traería la prosperidad de la industria, el desarrollo de la pro-

ducción y la baratura consiguiente; de modo que las prohibiciones y las trabas á la exportación evitarán una escasez transitoria, pero condenan á los pueblos á la carestía permanente y al estacionamiento de las industrias. Los obstáculos puestos á la importación obligan á los consumidores de ciertos artículos á pagar un sobreprecio ó á privarse de satisfacer sus necesidades, para que se sostengan industrias que no tienen condiciones de vida en el país, cuando no pueden competir con las similares extranjeras, á pesar de los quebrantos y gastos del transporte que han de sufragar éstas, y que contando con una ganancia segura, al abrigo de toda competencia, no adelantan un paso y prolongan indefinidamente aquella especie de impuesto establecido en su obsequio.

Es de notar que los adversarios del libre cambio exigen siempre determinadas condiciones económicas para que los gobiernos intervengan en el mercado y obren de una ó de otra suerte; pero esto es convertir la arbitrariedad en principio, porque ¿quién fijará esas condiciones? Los consumidores creerán constantemente que la exportación es ruinosa, y pedirán al Estado que la coarte; los productores á su vez juzgarán que la importación mata la industria, y reclamarán que se la defienda contra las invasiones del extranjero; y el poder público será un instrumento que pasará alternativamente de unas á otras manos y servirá los intereses de aquellos que consigan más influencia política.

Nada es tan opuesto á la misión del Estado como el usar de su fuerza contra el progreso de las instituciones sociales, y esto es lo que se practica cuando se le hace que limite y reglamente el cambio. Si se reconocen á los gobiernos funciones económicas, serán de estímulo y de fomento en pró de las industrias que se desarrollan difícilmente, nunca para que se atravesase como un obstáculo en el camino de las más adelantadas, obligándolas á mantenerse al nivel de las que retroceden ó se paran.

Se ha dicho que el libre cambio hace á unos pueblos depender de otros. Cierto; pero esa dependencia es recíproca y deriva de la solidaridad que existe entre los hombres, expresa la cooperación organizada de individuos y pueblos para el cumplimiento de fines que son comunes. La dignidad nacional no exige el aislamiento, y, al contrario, cada Estado, manteniendo con los demás la relación que determinan sus condiciones económicas, es como mejor consagra una vida propia é independiente.

Las limitaciones del comercio internacional representan la desconfianza y la hostilidad de los pueblos: la libertad del cambio es el régimen de la paz y la armonía, y el único principio que satisface á la justicia y el interés.

LIMOSNA.

Es la donacion hecha á un necesitado por motivos de caridad.

La limosna no es una institucion de carácter exclusivamente moral y religioso; tiene un aspecto económico, en cuanto por su medio se transfieren los medios materiales, y una altísima importancia en este orden, porque sin ella sería imposible la satisfaccion de muchas necesidades humanas. Si cada cual se reserva y aplica exclusivamente la riqueza que obtiene, ¿cómo vivirán aquellos que no pueden producirla? El huérfano falto del desarrollo preciso para el trabajo, el anciano, el enfermo, todos los imposibilitados por cualquier causa superior á la voluntad para dedicarse á la industria, quedarán condenados no sólo á la miseria, sino á la muerte. En este sentido, la limosna es una necesidad económico-social, y determina el empleo de una parte considerable de la riqueza.

La consideracion económica que reclama la limosna es una prueba más de la intimidad de relaciones que existe entre la Moral y la Economía, de que no son excéntricas sus esferas. La Economía no puede descansar en el precepto de la Moral, no cumple con referirse á él; debe apoyarle, hacerle suyo, mostrando los fundamentos especiales que encuentra para él en el estudio de la riqueza: la Moral atiende principalmente en la limosna á la intencion del que la hace, y toca á la Economía examinarla en sus resultados, en el fin á que el acto se dirige.

LUJO.

Consumo de lo supérfluo; gasto hecho por ostentacion y vanidad; consumo de las cosas caras: tales son las definiciones que suelen darse del lujo, considerándole siempre como un exceso ó extralimitacion del consumo; pero no es á esto á lo que corresponde la idea del lujo. Cuando se aplica á la satisfaccion de las necesidades más riqueza de la que ellas exigen; cuando se consume por consumir ó para alimentar malas pasiones, entónces no hay lujo, porque todo consumo excesivo y vicioso es y debe llamarse *dissipacion*.

Partiendo de ese concepto, se condena el lujo, porque impide la formacion de capitales y daña á la produccion, manteniendo industrias tan estériles como brillantes, sujetas á mil variaciones y alternativas, á expensas de otras más útiles, aunque modestas, cuya demanda es permanente por lo mismo que corresponde á una verdadera necesidad. Pero los economistas observan tambien, que el lujo es síntoma de prosperidad y progreso; que lo que comienza siendo una superfluidad llega á ser necesario; que el bienestar económico consiste en que se generalicen y aumenten los goces delicados y los placeres legítimos, y se ven obligados á aplaudir el

lujo y á buscar en distinciones insostenibles algo que atenúe esa contradiccion evidente y la falta de rigor en las ideas. Quién dice que hay un lujo *censurable* y otro *legítimo*; quién que no puede juzgarse en absoluto, siendo bueno para los ricos y malo para los pobres; y otros, por último, declaran que el lujo es indiferente á la Economía, á la que sólo importa que cada cual no gaste más de lo que produce.

Si el lujo fuese realmente un consumo vicioso, no sería nunca bueno; significaría el desconocimiento del fin propio de los bienes materiales, y habría de ser rechazado con igual empeño por la Moral y la Economía; mas como su influencia bienhechora es indudable, resulta demostrado que debe de ser otro su concepto.

El lujo es el refinamiento en la satisfaccion de las necesidades; consiste en la elevacion de las satisfacciones que las hace más completas. Nos alimentamos con lujo cuando usamos manjares que, además de nutritivos, son gratos al paladar y aún se presentan de modo que halagan á los otros sentidos; vestimos lujosamente si nuestros trajes están hechos de telas bellas, adornados con gusto y cortados con elegancia. El lujo pide á la arquitectura que los edificios, despues de la solidez y la comodidad, tengan pureza en la forma y sean de proporciones agradables; á la pintura y la escultura, cuadros y estatuas en cuya contemplacion gocemos; á la poesía y la música, espectáculos que eduquen el sentimiento y refresquen nuestro espíritu fatigado en el trabajo, elevándole á la concepcion de grandes y generosos ideales. Esto es, sin duda, el lujo, y en el caso de que no lo fuera, sería preciso buscar una palabra que designase esa amplia manera de atender á las necesidades, esas satisfacciones que no se limitan á lo que pudiéramos decir esencial de la necesidad, sino que comprenden todos sus accidentes y relaciones.

Así entendido, el lujo ha de ser alabado por la Moral y la Economía, porque es la obra de la civilizacion y el progreso, es el desarrollo natural de las necesidades humanas y de los elementos que sirven para cubrirlas. Todas las industrias aspiran al lujo, mejorando sin cesar las condiciones de sus productos, y el deseo de gozarle es el estímulo más poderoso de la actividad económica. La riqueza es un medio; no puede ser destruida arbitraria y caprichosamente; pero empleándola en satisfacer nuevas necesidades ó en perfeccionar las conseguidas, no se hace más que aplicarla á su destino, que es nuestro bienestar.

Otra cosa es que el lujo tenga un carácter relativo y varíe segun las épocas de la historia y las condiciones económicas de pueblos é individuos. Por lo mismo que el lujo consiste en un desenvolvimiento de las necesidades, paralelo al de la riqueza

za, excluye todo desorden en el consumo de los bienes materiales, supone la gradación y la armonía de las satisfacciones y ha de tener en cada caso límites determinados; crece con el aumento de los medios económicos y refleja todas las desigualdades de posición y fortuna que se derivan de ellos.

Ya hemos dicho que en la ciencia, como en la vida, se confunden ordinariamente el lujo y la disipación; más para nosotros son dos formas diversas del consumo, cuya distinción se muestra claramente y ofrece grande interés.

MÁQUINAS.

Son todos los instrumentos, formados por el hombre, que se emplean en hacer más eficaz y ménos penosa la acción del trabajo económico. No admitimos la distinción que muchos escritores establecen entre las herramientas y las máquinas, porque, además de ser sus servicios enteramente iguales en la industria bajo el punto de vista económico, creemos que la mejor manera de desvanecer las preocupaciones contrarias á las máquinas, es borrar por completo esa diferencia, mostrando á los adversarios de ellas que su condenación alcanza á los útiles más sencillos, y la lógica de sus raciocinios les obliga á pedir la vuelta al estado primitivo en que el hombre tiene la fuerza muscular como único elemento de producción y de trabajo.

Las máquinas constituyen una de las formas del capital y reportan los beneficios que son comunes á todas estas, aunque de una manera más visible, y, por decirlo así, más activa. Por su medio, reemplazan á la acción directa del hombre las fuerzas de la naturaleza, que son más íntimas, más regulares y ménos costosas, y la industria obtiene los productos en cantidades mucho mayores, de calidad superior y más baratos. El gran desarrollo que la producción adquiere con el uso de las máquinas, favorece á los trabajadores, porque aumenta sus colocaciones y eleva los salarios, y dando lugar á la abundancia de los objetos, reduce sus precios y generaliza la satisfacción de las necesidades. Las máquinas son algo más que auxiliares del trabajo, y sus efectos no se reducen á mejorar las industrias, porque hay muchas producciones que sin ellas serían imposibles de todo punto: no se concibe la navegación sin el barco, ni la celeridad que dan á las comunicaciones el ferro-carril y el telégrafo, sin la locomotora que utiliza la fuerza elástica del vapor, y la pila que desarrolla la electricidad, por intenso que supongamos el trabajo dedicado á esos objetos, por grandes que sean los esfuerzos acumulados para conseguirlos.

Las máquinas, á pesar de sus inmensas ventajas y de lo mucho que han contribuido al progreso y al bienestar de la humanidad, han sido objeto de violentas acusaciones. La máquina, dice con mucha

TOMO IX.

exactitud Mr. Babbage, que hace el trabajo de muchos hombres, es mirada por el obrero como una invasión de brazos extraños, de trabajadores forasteros que vienen á arrebatarse su salario; de aquí sus lamentos y sus quejas apasionadas, que han encontrado quien las formule con apariencias de razón.

Sólo en cierto sentido es verdad que la máquina desaloje al trabajador; mas aunque lo fuera en absoluto, ¿habría motivo para rechazarlas? El trabajo es un medio, no un fin; es el coste de la riqueza, el espacio que separa á las necesidades de las satisfacciones, y todo lo que reduzca el esfuerzo preciso para alcanzar los bienes materiales y acorte esa distancia, es un adelanto, una mejora, no puede ser un perjuicio. Pero las máquinas no disminuyen el trabajo más que con relación á un producto determinado, y ántes aumentan los empleos del trabajador en la industria á que se aplican, porque la baja consiguiente en el precio de los artículos extiende su consumo de una manera indefinida: el número de los impresores es mucho más considerable que el de los antiguos copistas, y no hay comparación posible entre la cantidad de salarios que proporciona una línea férrea y los que producían los medios de comunicación que sustituye. Hoy se trabaja más que nunca, y el progreso consiste en que la riqueza crece en una proporción mucho mayor que los esfuerzos hechos para alcanzarla. Además, las máquinas crean industrias que ántes no existían y son otras tantas colocaciones para el trabajador, y por lo ménos dan lugar siempre á una producción enteramente nueva, la que se dedica á construirlas. Por último, si la retribución del trabajo depende de la suma de los capitales y la máquina viene á aumentarlos, su aplicación ha de ser favorable para el número y la importancia de los salarios.

Otra cosa es que las máquinas causen una perturbación en el trabajo y dejen por de pronto algunos brazos ociosos, ya porque resulten innecesarios sus servicios, ya porque la industria modificada exija una aptitud que no tuvieran los obreros de la antigua. Este mal pasajero, que no alcanza generalmente grandes proporciones, atenuado por las dificultades que encuentra el descubrimiento y sobre todo la aplicación de las máquinas, representa, sin embargo, sensibles privaciones y sufrimientos de las clases laboriosas; pero es inevitable y hay que confiar su remedio á la previsión de los trabajadores, que se hallan en el caso de computar ese riesgo al lado de todos los demás á que se exponen, y á la prudencia de capitalistas y empresarios, que deben dulcificar las transiciones consultando el interés y la suerte de sus compañeros en la industria.

MEDIOS ECONÓMICOS.

Son las cosas útiles de la naturaleza y los actos

humanos en cuanto sirven para adquirir los bienes materiales.

Los fines del hombre han de realizarse en dos esferas: primero en sí mismo ó sea en la voluntad, y luégo en el exterior, en el conjunto de sus relaciones: así vemos que en todos los órdenes los medios de ejecución ó cumplimiento corresponden á esas dos esferas. Para el fin económico contamos con las facultades como elemento subjetivo, y con las cosas y los actos de nuestros semejantes como elemento objetivo.

Las facultades del espíritu, como las propiedades del cuerpo, son medios económicos, porque todas contribuyen á satisfacer las necesidades de esa clase; pero tienen un doble carácter, porque podemos aplicarlas directamente á nuestras satisfacciones ó ponerlas al servicio de las necesidades ajenas. Esto es lo que se realiza en la vida social por el cambio que hace comunes las facultades personales y permite á cada uno utilizar las facultades de los demás.

Las cosas de la naturaleza no son todos medios económicos, sino únicamente las que sirven al hombre, y aún de ellas solo las que exigen el empleo de nuestra actividad como condicion de su servicio. (V. *Agentes naturales*).

J. M. PIERNAS Y HURTADO.

Catedrático de la Universidad de Zaragoza.

(Continuará.)

LA FERMENTACION

Y SUS RELACIONES CON LOS FENÓMENOS OBSERVADOS EN LAS ENFERMEDADES.

(Conclusion.) *

Ya nos aproximamos al lado de la cuestion que nos interesa más especialmente y que quedará más en evidencia con un hecho de la vida ordinaria. Hace algunos años me bañaba yo en un arroyo de los Alpes, y al volver de la cascada que me había servido de ducha para vestirme, resbalé en un fondo granítico, cuyos agudos cristales se clavaron en la piel de mis piernas. La herida era mala, pero hallándome entónces en buena salud, concebí la esperanza de una curacion rápida. Humedecí en el arroyo un pañuelo de bolsillo bien limpio, fajé con él la parte herida, y al volver á casa hube de permanecer en cama cuatro ó cinco dias. No experimenté dolores, y al cabo de aquel tiempo pude dejar el lecho. Cuando se descubrió la parte herida, se presentó perfectamente limpia, sin inflamacion y sin contener materia extraña alguna. Cubríla con

un trozo de tafetan de heridas y pude andar todo aquel dia. Hacia el anochecer sentí escozor y calor; sobrevino una supuracion abundante, y me ví forzado á hacer cama de nuevo. Se volvió á poner el vendaje humedecido, pero ya no fué bastante á neutralizar la inflamacion; puse árnica, y produjo más daño que provecho. La inflamacion aumentó de un modo alarmante, en términos que al fin hube de ser trasportado prosáicamente á cuestras á Ginebra, donde, gracias á la atencion de mis amigos, me encontré confiado á los mejores médicos. Al siguiente dia de mi llegada á Ginebra, el doctor M. Gantier descubrió en el cuello del pié un absceso situado á la distancia de unas cinco pulgadas de la herida y que comunicaba con ella por un canal ó seno, como se llama en lenguaje técnico, y por este canal pudo vaciarse el absceso sin necesidad de emplear el bisturí.

¿Qué acción fué la que formó el canal? ¿Quién pudo desgarrar de aquel modo el tejido de la pierna y tenerme aprisionado en cama seis semanas? En la habitacion en que se levantó el vendaje humedecido que cubría mi herida, y donde se aplicó el tafetan de heridas, hice poner aquel mismo año cierto número de tubos abiertos que contenían infusiones muy claras y muy puras de pescado, de carne ó de legumbres. Estas infusiones, cerradas herméticamente, habían estado expuestas durante muchas semanas ya al sol de los Alpes, ya al calor del hogar, sin que apareciera el menor signo de enturbiamiento ó de vida. Pero á los dos dias de estar abiertos, en la mayor parte de ellos se veían hormiguesar los bacterios de la putrefaccion, cuyos gérmenes habían sido allí depositados por el aire cargado de polvo. Y si se hubiera examinado la materia de mi absceso, tengo aún suficientemente impreso su aspecto en la memoria para poder deducir, como se hubiera comprobado, que aquellos gérmenes son los que, introduciéndose en mi herida, que quedó imprudentemente descubierta, fueron los sutiles operarios que abrieron en mi piel una madriguera, formaron el núcleo del absceso en el cuello del pié, y produjeron un resultado que pudo serme fatal.

Hémos aquí ya ante los trabajos de un hombre que ha conquistado una reputacion imperecedera en la materia que nos ocupa, que reúne la penetracion de un profundo teórico con la habilidad y la conciencia de un verdadero experimentador, y cuya gran práctica es una demostracion incesante de la teoría de que la putrefaccion de las heridas puede evitarse destruyendo los gérmenes de los bacterios. No solo por los casos que cita, sino tambien por los informes de los hombres eminentes que han visitado su hospital, y por la opinion que sobre estos hechos han emitido notables cirujanos del continente, con-

* Véanse los números 163 y 165, páginas 417 y 487.

sidero como uno de los principales progresos hechos en el arte de la cirugía la introducción del método de tratamiento antiséptico de las llagas, practicado, primero en Glasgow y después en Edimburgo, por el profesor Lister.

El interés que este asunto inspira no disminuye á medida que adelantamos en su exámen. Hemos principiado por un tonel de cerezas y una cuba de cerveza, y acabamos por el cuerpo humano. Hay personas que nacen dotadas de la facultad de interpretar los hechos naturales, al par que otras se hallan castigadas por una verdadera incompetencia respecto á aquella interpretacion. A la primera de estas dos clases, y en grado eminente, pertenecía el célebre físico Roberto Boyle, cuyas palabras sobre esta materia encierran un grado de prevision que raya en profecía: «Permitidme añadir, escribe Boyle en su Ensayo sobre el departamento patológico de la física, que el que comprenda á fondo la naturaleza de los fermentos y de las fermentaciones, se hallará, probablemente, mucho mejor que el que la desconozca, en estado de darse cuenta de muchas enfermedades, tales como las fiebres y otras, porque es probable que aquellas enfermedades no lleguen jamás á comprenderse bien sin el conocimiento de la doctrina de las fermentaciones.»

Doscientos años han pasado desde que se escribieron estas importantes palabras, y hé aquí que sólo en nuestros días principia á ponerse en práctica y á comprobarse la verdad que en ellas se encierra. La palabra «demostración» es, en efecto, la única que caracteriza convenientemente las pruebas suministradas por el profesor Lister. Me bastará un instante para haceros comprender la idea que le ha guiado. Tómese jugo sacado de la carne de vaca ó de carnero, preparado de modo que esté perfectamente claro y completamente privado de gérmenes vivos de bacterios. Viértase en este líquido claro una pequeñísima gota de una infusion cargada de bacterios de putrefaccion. Al cabo de veinticuatro horas vereis que el jugo que estaba claro, tendrá el aspecto de cieno, siendo debido el enturbiamiento á la multitud de bacterios engendrados por la gota inoculada en la infusion; al propio tiempo, el gusto bueno de la infusion lo habrá perdido, adquiriendo otro eminentemente desagradable.

Si una gota semejante á la que ha producido este resultado cae en una llaga, el jugo del cuerpo vivo alimentará los bacterios, como los alimentaba el jugo de la carne de vaca ó de carnero, y el sistema entrará en putrefaccion. El aire, como he dicho, está cargado de materia flotante, que cuando se pone en contacto con una llaga ó herida, obra realmente del mismo modo que la gota á que hice referencia. El objeto del profesor Lister es destruir la vida de la materia flotante, y matar los gérmenes

que pueda contener. Por ejemplo, si él hubiese curado mi herida, en lugar de abrirla imprudentemente en medio del aire cargado de gérmenes de bacterios, y en vez de aplicar el tafetan engomado, que, probablemente, llevaba los mismos gérmenes en su superficie, habría rociado la herida mientras duraba la cura con un líquido capaz de matar esos gérmenes. El líquido que usa habitualmente es el ácido carbólico ó fénico diluido: este ácido, en manos hábiles, es hoy día un específico contra la putrefaccion y todas sus mortales consecuencias.

Dejemos ya el dominio propiamente dicho de la cirugía, para entrar en el de las enfermedades epidémicas, comprendiendo entre ellas las fiebres de que se ocupó Boyle con tanta sagacidad. Se encuentra que existe una analogía muy notable entre un contagio y un fermento, á consecuencia de la facultad que uno y otro tienen y ejercen de producir ambos á dos una multiplicacion indefinida que nace de sí misma. Conoceis muy bien las hermosas parábolas sacadas de la accion de la levadura que se hallan en el Nuevo Testamento. Una partícula encerrada en tres medidas, basta para que todas fermenten. Un poco de levadura altera toda la masa. Del mismo modo una partícula de contagio esparcida en el cuerpo humano, puede multiplicarse lo bastante para formar una poblacion entera. Reflexiónese sobre el efecto producido en todo el sistema por una cantidad microscópica del virus de la viruela. Este virus es una simiente, bajo todos sus aspectos. Se siembra como ántes habíamos sembrado la levadura; germina y se multiplica como germina y se multiplica la levadura, y se reproduce siempre del mismo modo y ella misma. Debemos á M. Pasteur una serie de investigaciones hechas de mano maestra, en que expone la vaguedad y la falta de consistencia de las nociones hoy en boga respecto á la trasformacion de un fermento en otro. Se guarda muy bien de asegurar que sea imposible tal trasformacion. El verdadero investigador es sóbrio en afirmaciones de cierto género, aun cuando no sea muy general esta sobriedad; pero, efectivamente, Pasteur no ha llegado á obtener, ni siquiera una vez, esa trasformacion de que se habla, al paso que siempre ha podido descubrir las puertas por donde ha penetrado el error en que incurrieron los que afirman la efectividad de la trasformacion (1).

El principal origen del error de que se trata se ha manifestado ya en este discurso. Los observadores operaban en una atmósfera cargada de gérmenes

(1) Los que tengan deseo de conocer un ejemplo del esmero que estas investigaciones necesitan, y de la falta de cuidado con que se han hecho algunas, pueden ver las excelentes notas sobre la heterogenesia, debidas al reverendo W. H. Ballinger, y publicadas en el número de Octubre último (1875) en la *Popular science review*.

de diferentes organismos; bastaba el simple accidente de ser el primero en ocupar el sitio primero uno ú otro germen, para que aquel se desarrollara el primero. Además, en las diferentes fases de la fermentacion ó de la putrefaccion, la misma infusion puede alterarse bastante para que se apoderen de ella sucesivamente diferentes organismos. Se han citado casos análogos para probar que los primeros organismos debían haber sido transformados específicamente en los últimos, cuando son simplemente casos en que los diferentes gérmenes, á consecuencia de cambios ocurridos en la infusion, ejercen su energía en momentos distintos.

Al enseñarnos cómo puede cultivarse cada fermento en toda su pureza; en otros términos, al enseñarnos á mantener separados unos organismos de otros, Pasteur nos ha puesto en el caso de evitar todos los errores de que venimos tratando. Cuando se ha efectuado la separacion de un organismo particular sin que haya mezcla de otro organismo, brota y se multiplica indefinidamente, pero entonces no se observa nunca cambio de un organismo en otro. En las investigaciones de Pasteur, la bacteria ha permanecido siempre una bacteria, el vibrion un vibrion, el penicillium un penicillium y la tórula una tórula. Sembrad una cualquiera de estas materias en estado de pureza en un líquido bien preparado, y recogeréis esta materia y no otra. Del mismo modo sembrad la viruela en el cuerpo humano, y obtendréis viruela. Sembrad la fiebre escarlatina, y producirá la fiebre escarlatina. Sembrad el virus de la fiebre tifoidea, y tendréis la fiebre tifoidea; sembrad el cólera, y cólera producirá. La enfermedad tiene una relacion constante con el contagio, lo mismo que los organismos microscópicos de que hemos hablado están en relacion necesaria con sus gérmenes, así como el cardo silvestre es inseparable de su semilla. Siendo esto así, á consecuencia de analogías tan evidentes, no debe causar extrañeza el ver que cada dia se extiende más y más la conviccion de que la vida parásita reproductiva es la causa de las enfermedades epidémicas, y que los fermentos vivos que llegan á introducirse en el cuerpo se desarrollan y multiplican en él; producen la destruccion del tejido á cuyas expensas viven, ó bien destruyen la vida indirectamente, engendrando en el seno de los cuerpos vivos compuestos venenosos. Una presuncion, inspirada por el hecho de violentas enfermedades contagiosas cuya existencia estaba tan ligada con la presencia de organismos vivos como el crecimiento de la tórula lo está con la fermentacion de la cerveza, nos ha conducido á la deducion anterior, presentándola tan robustecida, que podemos considerarla como una verdadera demostracion.

Permitidme aquí una advertencia dirigida á las personas dotadas de un buen criterio. Hemos llegado á una faz de la cuestion en que es de la mayor importancia que se haga la luz sobre el modo de originarse y desarrollarse las enfermedades contagiosas. Con este objeto, es preciso estudiar la accion de diferentes fermentos sobre los órganos y los tejidos del cuerpo vivo: es preciso determinar las costumbres de cada organismo especial que sea el agente de la produccion de cada enfermedad especial, y conocer de qué modo están esparcidos sus gérmenes y se convierten despues en causa ú origen del contagio. Sólo con estudios hechos de este modo, y completamente exactos, podremos dominar definitiva y completamente estos agentes de destruccion. Así, yo que tengo horror á toda clase de crueldad y que me alejo de todo animal á quien veo padecer, tanta simpatía me inspiran; yo que nunca quisiera ser causante de sus padecimientos, he examinado el campo que se abre hoy ante los fisiólogos y he deducido de este exámen que no puede haber para la raza humana calamidad mayor que la detencion en el curso de las investigaciones experimentales que se refieren á la materia que nos ocupa. Una mujer, que se ha hecho célebre por su filantropía, me decía hace algun tiempo que la ciencia se había vuelto inmoral; que las investigaciones en los tiempos pasados no eran como las de ahora, pues no revestían el carácter de crueldad que en el dia. Yo le respondí que la ciencia de Keplero y de Newton, que eran su objetivo, se ocupaba de las leyes y de los fenómenos de la naturaleza inorgánica; pero que uno de los mayores progresos de la ciencia moderna se ligaba con la biología ó ciencia de la vida, y que en esta nueva via abierta á las investigaciones científicas, si en el principio había que deplorar algunos sufrimientos temporales, se llegaría al fin á prodigar servicios mucho mayores que los prestados hasta ahora por la ciencia. Dije eso, porque ví que las investigaciones censuradas por aquella señora eran las que deben acabar por redimir al género humano de los azotes que desolan la tierra.

El punto es bastante importante para disculparme de que trate de hacerle penetrar aún más, si es posible, en vuestra inteligencia, con un ejemplo notable. En 1850, dos distinguidos observadores franceses, MM. Davaine y Rayer, examinando la sangre de animales muertos de la violenta enfermedad llamada *splénitis* ó inflamacion del bazo, notaron pequeños organismos microscópicos parecidos á palitos ó pequeños y ténues cilindros; pero en aquella época, ni uno ni otro dieron significacion ninguna á aquella observacion. En 1861 publicó Pasteur una Memoria sobre la fermentacion del ácido butírico, y describió el organismo que la de-

terminaba; Davaine, al leer esta Memoria, juzgó que la splénitis podría muy bien ser un caso de fermentación producida en el cuerpo del animal bajo la influencia de los organismos que observó en union de Rayer. Este juicio ha quedado comprobado con investigaciones ulteriores.

Algunos años ántes de los trabajos emprendidos por Davaine, Hollender y Branell habían hecho observaciones de la más alta importancia acerca de la splénitis. Hace dos años, el doctor Burdon Sanderson presentó una nota muy clara de lo que hasta entonces se conocía sobre aquella enfermedad. En cuanto á la permanencia del contagio, se ha probado que duraba años, á contar desde el momento de la invasion: y este hecho parece probar que los organismos cilindricos no pueden constituir el contagio, porque se ha visto que su facultad contagiosa desaparecía al cabo de algunas semanas. Pero otros hechos establecen una relacion íntima entre estos organismos y la enfermedad, de modo que después de haberlos examinado todos el doctor Sanderson, ha llegado á deducir de ellos que el contagio existía bajo dos formas distintas: una *fugaz* y visible bajo la forma de cilindritos transparentes; la otra *permanente*, pero latente y no percibida aún con el microscopio.

En la misma época en que el Dr. Sanderson escribía este informe, un médico alemán, joven, que ejercía su facultad en una poblacion pequeña, se ocupaba en los ratos que sus atenciones profesionales se lo permitían en hacer investigaciones acerca de la splénitis, haciendo para ello aplicacion de diferentes ideas nuevas é ingeniosas. Estudió los organismos cilindricos, y encontró que el humor acuoso del ojo de un buey era especialmente á propósito para alimentarlos. Mezcló con una gota de este humor acuoso una mancha pequeñísima de un líquido que contenía los cilindritos: colocó la gota bajo un microscopio, la calentó convenientemente y observó el efecto que resultó. En las dos primeras horas apenas hubo cambio alguno sensible; pero al cabo de este tiempo principiaron á prolongarse aquellos organismos, y la accion fué tan rápida que pasadas tres ó cuatro horas llegaron á tener de diez á veinte veces su longitud primitiva. Algunas horas después se extendieron en filamentos algunos de los cuales alcanzaron á centuplicar la longitud de los tipos primitivos. En varios casos se observó que un mismo filamento ocupaba varias veces el campo del microscopio. Algunas veces estaban en líneas rectas paralelas las unas á las otras; otras estaban encorvados, torcidos ó arrollados en graciosas configuraciones; y otras, por último, formaban nudos tan complicados que, en su confusion, no podía el ojo seguir la direccion de cada filamento.

Si la observacion hubiese terminado aquí, se hubiera obtenido el conocimiento de un hecho científico; pero tal conocimiento hubiera tenido poco valor práctico. Sin embargo, Koch continuó estudiando los filamentos, y al cabo de poco tiempo observó que se cubrían de pequeñísimas manchas que fueron haciéndose cada vez más distintas, hasta que, por último, toda la longitud del organismo se encontró sembrada de pequeños cuerpos ovoides alojados en el tegumento exterior como los guisantes en sus vainas. Este tegumento se fraccionó después, y el vacío que quedó en el organismo fué ocupado por una larga fila de granillos ó esporos. Estas observaciones, confirmadas después en todos sus detalles por el célebre naturalista Koch, de Breslau, son de la mayor importancia, pues iluminan la oscuridad que existía respecto á los contagios latente y visible de la splénitis; porque Koch demostró del modo más concluyente que los esporos, aún cuando distintos de los cilindritos, formaban el contagio de esta enfermedad en su forma más mortal y más persistente.

¿Cómo ha obtenido tan importante resultado? Prestad atencion á la respuesta. Un solo modo había para experimentar la actividad del contagio, y este era inocularlo á algun animal vivo. Sujetó á la experiencia conejos indigenas y de la India, y muy especialmente y en mayor número ratas. Al inocularles la sangre recién extraída de un animal atacado de la splénitis, los animales morían invariablemente de la misma enfermedad veinte ó treinta horas después de la inoculacion. Después trató de investigar cómo conservaba su vitalidad el contagio. Hizo secar la sangre infectada que contenía los organismos en forma de cilindritos, en los que aún no se habían desarrollado los esporos, y encontró que era de la naturaleza designada por el Dr. Sanderson con el epíteto de «fugitivo.» Conservaba á lo sumo cinco semanas la propiedad de contagiar. Hizo entonces secar la sangre que contenía los esporos completamente desarrollados, y expuso esta sustancia á una gran variedad de condiciones. Dejó tomar á la sangre seca la forma de polvo, lo mojó después, volvió á secarlo; la mantuvo durante mucho tiempo entre materia en putrefaccion, y la sometió á otras distintas pruebas. Después de haber conservado por espacio de cuatro años la sangre cargada de esporos que había estado sometida á aquellos distintos tratamientos, inocularó con ella cierto número de ratas, y vió que su accion era tan fatal como la de la sangre recién extraída de las venas de un animal atacado de splénitis. Ningun animal escapaba á la muerte después de inocularlo. Millones incalculables de esporos se desarrollaban en el cuerpo de cada animal muerto de la splénitis, y cada sporo de estos millones basta para producir la enfermedad.

Este formidable parásito ha recibido el nombre de *Bacillus Anthracis* (1).

Ahora bien; el primer paso para extirpar estos contagios es conocer su naturaleza, y las nociones que debemos al Dr. Koch presentan tan clara la causa de la splénitis, como las investigaciones de Pasteur presentaron manifiesta la persistencia del contagio de la pebrina. Algunas cifras de estadística demostrarán de qué clase de hechos se trata. En sólo el distrito de Novogorod, en Rusia, de los años de 1867 á 1870, se han contado, entre caballos, vacas y carneros, más de 56.000 casos de muertes á consecuencia de la splénitis ó inflamación carbuncosa del bazo. Pero los estragos no se limitan al mundo animal, porque en el mismo período y en el distrito que citamos, murieron, víctimas del mismo azote, 528 seres humanos.

Una descripción de esta enfermedad os ayudará á decidir con exactitud el punto que quiero someter á vuestra reflexión.

«El animal atacado, dice el Dr. Sanderson, principia por pasar varios días sin querer tomar alimento, y manifiesta una alteración general, tiene escalofríos, temblores en los músculos del lomo, se debilita, y aparece indolente. Al mismo tiempo la respiración es más frecuente, y por lo general difícil; se eleva su temperatura en tres ó cuatro grados sobre la normal; sobrevienen convulsiones, que afectan principalmente los músculos del dorso y de los riñones, y terminan por un abatimiento general, cuyos progresos se marcan por la pérdida completa de la facultad de mover el tronco del cuerpo ó las extremidades; por la disminución de temperatura, por evacuaciones sanguinolentas mucosas y albinas, y por pérdidas análogas por la nariz y la boca.»

Sólo en un distrito de Rusia, como he dicho antes, han muerto 56.000 animales en un período de dos ó tres años. No puedo darme cuenta de la importancia de este azote en toda Europa; sin duda debe ser considerable. Teniendo esto en cuenta, la cuestión que quiero someter á vuestro juicio es esta: La ciencia que nos revela la naturaleza de un mal tan violento y tan terrible y nos promete su curación, ¿merece los sacrificios que cuesta? Es muy importante que las Asambleas del orden de esta

(1) Para producir sus efectos característicos, el contagio de la splénitis debe entrar en la sangre. El bazo infectado de un animal muerto puede comerlo impunemente otro animal. Por otro lado, la enfermedad no se comunica por inoculación á los perros, á las perdices ni á los gorriones: en su sangre el *Bacillus Anthracis* deja de obrar como fermento. Pasteur ha comunicado hace más de seis años la manera de propagarse los vibriones en una enfermedad de los gusanos de seda, ya por gérmenes, ya por esporos; y ha hecho también algunas experiencias notables acerca de la permanencia del contagio bajo la forma de esporos. (Véase: *Etudes sur la maladie des vers á soie*, páginas 168 y 256.)

ante la que estoy hablando, puedan llegar hasta el fondo de estas cuestiones y que el buen sentido de estas Sociedades sea el moderador, si no pueden dominarlo completamente, de la temeridad de las personas que, bajo el pretexto de una ternura inconveniente para con los animales, se hiciesen virtualmente autores de una crueldad repugnante, deteniendo ó impidiendo con restricciones poco previsoras el impulso de las investigaciones fisiológicas. Estas tendencias ciegas constituyen un ejemplo reciente de los excesos que puede producir la exageración del celo caritativo, que no sería tal según la ciencia, excesos que debe refrenar la opinión pública ilustrada.

Echemos ahora ya una mirada retrospectiva hacia el camino que hemos recorrido, y tratemos de sacar de nuestro trabajo el provecho que puede dar. Durante dos mil años, la atracción ejercida sobre los cuerpos ligeros por el ámbar frotado, ha constituido todo lo que la humanidad conocía respecto á la electricidad, y durante más de dos mil años se ha puesto en práctica la fermentación sin tener conocimiento alguno de la causa que la determinaba. En la ciencia todo descubrimiento deriva de otro y no puede surgir si no tiene su antecedente. Así, cuando era desconocida la fermentación, aún no se había inventado el microscopio, ó no había alcanzado el grado de perfección que tiene en el día. Fijémonos en la manera de desarrollarse los conocimientos. En 1860, Loeuwenhoek encontró que la levadura era una masa de glóbulos flotantes; pero no sospechó que estos glóbulos fuesen seres vivos. Esto último lo demostraron Cagniard de la Tour y Schwann en 1835. Entonces se suscitó la cuestión relativa al origen de aquellos organismos microscópicos, y con este motivo la Memoria de Pasteur, publicada en los *Annales de chimie* de 1862, está destinada á hacer época, porque prueba á todas las inteligencias competentes que la generación espontánea es una quimera. Todos los trabajos posteriores de Pasteur tuvieron por base aquellas investigaciones. Surgió un estrago terrible en los viñedos de Francia, y no había seguridad en el resultado de la vendimia: los vinos se ponían ácidos ó amargos, especialmente cuando se los exportaba. Entonces disminuyó el comercio de vinos, y resultaron pérdidas de consideración para los propietarios de las viñas. Se demostró que cada una de aquellas alteraciones ó enfermedades era ocasionada por la vida de un organismo. Pasteur determinó la temperatura á que morían los fermentos de aquellas enfermedades, y demostró que era suficientemente baja para no perjudicar al vino. Calentando simplemente el vino hasta la temperatura de cincuenta grados centígrados, le hizo inalterable y evitó de este modo á su patria la pér-

dida de muchos millones. Ocupóse despues del vinagre, *vino agrio* ó vino ácido, y demostró que era el producto de una fermentacion determinada por un hongo microscópico llamado *mycoderma aceti*. La tórula, por su crecimiento, convierte el jugo del racimo en alcohol, y el *mycoderma aceti* convierte el alcohol en vinagre. En esto tambien habia grandes perjuicios y grandes pérdidas. A consecuencia de causas desconocidas, el vinagre se alteraba inutilizándose para el consumo, y á veces entraba en putrefaccion. Se sabía desde muy antiguo que el simple contacto del aire bastaba para echarlo á perder. Pasteur estudió todos estos cambios, los relacionó con sus causas, que demuestra son causas vivas, é hizo ver que el vinagre se conservaba en buen estado destruyendo aquellos organismos. De la alteracion del vinagre pasó al estudio de una enfermedad que hace dos años casi arruinó la industria sedera francesa. Este azote, que recibió el nombre de pebrina, era ocasionado por un parásito que se establece primero en los intestinos del gusano de seda, se extiende en seguida por todo su cuerpo y llena la bolsa destinada á recibir la materia viscosa de la seda. Llegado á este punto, el gusano hace automáticamente las maniobras del hilado sin tener nada que hilar. Pasteur siguió de año en año este parásito destructor, y guiado por el talento especial que tiene para combinar los hechos con la lógica de los hechos, descubrió accidentalmente la fase precisa del desarrollo del gusano en que puede librarse de la enfermedad. La abnegacion de Pasteur al dedicarse á esta investigacion le costó cara. Restituyó á la Francia la industria de la seda, salvó de la ruina á poblaciones numerosas, devolvió la actividad á los telares de Italia; pero á consecuencia de sus trabajos quedó paralizado uno de sus lados para el resto de su vida. Sus últimas investigaciones se hallan expuestas en una obra titulada *Etudes sur la bière*, en la que describe un método con el que se conserva inalterable. Este método no es tan sencillo como los que son eficaces para el vino y el vinagre, pero los principios en él recomendados obtendrán fijamente extensa aplicacion en lo sucesivo. Teniendo en cuenta todos los trabajos de Pasteur, puede decirse sin exageracion que el valor de ellos excede en mucho á la indemnizacion que Francia ha pagado á la Alemania.

Hay otras reflexiones que tienen relacion con nuestro asunto, y que aun cuando yo las omitiese, más ó ménos pronto se presentarían á la imaginacion de los hombres pensadores de esta reunion. He hablado del polvo que flota en el aire y de los medios de hacerle visible: he explicado que el contacto del aire que no contiene gérmenes ni sporos, no presenta inconveniente bajo el punto de vista de la putrefaccion. Considerad las desgracias que estas

partículas flotantes han acarreado al género humano desde el origen de éste, tanto en las épocas históricas como en las prehistóricas; considerad el número de individuos que sucumben en los hospitales á consecuencia de la putrefaccion de las heridas; considerad las pérdidas de existencias cuando ya no hay cabida en los hospitales, ó las que ocurrirían cuando aún no existían aquellos; considerad aún las muertes que han seguido á las de los campos de batalla, cuando los destructores bacterios están en su trabajo y producen una mortandad frecuentemente mayor que la del mismo campo de batalla; añadid á todo esto, que en tiempo de enfermedades epidémicas, las más de las veces, si no es siempre, la misma materia flotante mezclada con los gérmenes especiales productores de la epidemia, van á llevar el contagio y la muerte á países, á continentes enteros; considerad todo lo que acabo de enumerar, y convendreis conmigo en la deduccion de que el azote de la guerra, aun diez veces multiplicado, no es comparable con los estragos causados por el polvo atmosférico.

Esta destruccion, que puede contrarestarse, sigue hoy su curso y se le ha permitido que le siga durante los siglos, sin que se haya dicho á la inconsciente víctima humana una sola palabra acerca de su causa. Hemos sido azotados, acometidos por enemigos que salian de emboscadas impenetrables, y solo hoy es cuando la luz de la ciencia penetra en ese tenebroso y mortífero imperio. Habitantes de Glasgow, hechos como estos me hacen creer que las leyes que rigen el universo son distintas de las que admitíamos en nuestra infancia, y que el poder á la vez terrible y bienhechor en cuyo seno nos movemos, que preside á nuestro origen y á nuestro fin, debe hacerse propicio por otros medios además de los hasta ahora empleados. El primero de estos medios eficaces, de propiciacion y salud, es la ciencia y el saber; el segundo es la accion desarrollada é iluminada por la ciencia. Ya entrevemos la aurora de esta ciencia, que alcanzará poco á poco la claridad de un dia perfecto; en cuanto á la accion que debe seguirla, hallaré indudablemente su origen y su estimulante en la naturaleza moral é impresionable del hombre, en su deseo del bienestar personal, en el sentimiento de sus deberes, y, por último, en la simpática compasion que le inspiran los padecimientos de sus semejantes. «Cuántas veces, dice el Dr. Williams en su célebre obra sobre la fiebre tifoidea; cuántas veces he visto en otro tiempo, en la única estancia de la cabaña de un jornalero del campo, al padre de familia en un ataud, la esposa enferma en el lecho presa del delirio, y para mitigar el desconsuelo de los hijos, sólo la abnegacion de algun pobre vecino que, frecuentemente, paga su bondad cayendo él mismo víctima del mismo mal.»

Después del terreno que ya se ha ganado, abrigo la esperanza del triunfo del arte médico sobre las escenas de miseria del género de las que acabo de describir. Una vez revelada claramente la causa de estas calamidades no sólo al médico, sino también al público, cuya inteligente cooperación es absolutamente necesaria al buen éxito, ya no es más que cuestión de tiempo la victoria final que ha de alcanzar la humanidad. Ya tenemos un precursor de esta victoria en los triunfos que la cirugía obtiene á nuestras puertas.

JONH TYNDALL.

(Congreso de Glasgow).

ESTUDIOS SOBRE LA CÉLULA.*

CARACTÉRES DEL PROTOPLASMA.

La sustancia fundamental de las células es la denominada protoplasma.

Conduce á tal noción el hecho de que cuando es abandonada por este una de aquellas, cesa inmediatamente allí todo movimiento y toda vida, permaneciendo más ó ménos tiempo estacionarias las restantes formaciones que la constituyen, para ser al cabo de algun tiempo destruidas y disueltas. Al mismo tiempo es la citada, también, la sustancia que se halla en los distintos elementos histológicos durante el primer período de su existencia; y aunque es lo cierto que en los individuos adultos de uno y otro reino se encuentran muchas células, tales como los glóbulos rojos, las células de grasa, las de diversas partes de corolas y tubérculos, y otras, que no le presentan, no es ménos exacto que los embriones, tanto vegetales como animales, se ofrecen siempre constituidos por corpúsculos en los que entra aquel cuerpo, y que en su virtud los que á los primeros componen, no pueden ser mirados más que como degeneraciones de la materia que nos está ocupando.

Al mismo tiempo, detallando más lo anterior, así en el vitellus, como en las esporas de las plantas inferiores, y en el interior de los granos de polen, se encuentra tal sustancia; y de ella se ve formarse después por diferenciación las otras partes más ó ménos importante del todo celular.

Mas no se crea, sin embargo, que la identidad es

* En todo lo que se refiere en este artículo á datos tomados de *Hofmeister*, debemos especialísima ayuda á nuestro distinguido compañero D. Gervasio Lopez de Medrano, que ha tenido la bondad de estarnos traduciendo capítulos enteros de las obras de aquel autor, ahorrándonos un tiempo precioso que hemos podido dedicar á comprobaciones experimentales. La pequeña porción que nosotros hemos traducido de la *Doctrina de la célula vegetal*, nos ha hecho comprender todavía mejor todo lo valioso de su cooperación.

completa, y que son las mismas sus apariencias en los más opuestos seres. El protoplasma es unas veces viscoso en mayor ó menor grado, plástico, tenaz, nada elástico; otras se presenta gelatinoso ó quebradizo; y, últimamente, produce casi siempre la misma impresión que un líquido dotado de gran fluidez y movilidad. Su estructura es al mismo tiempo raras veces homogénea, aún dentro de lo que pueden discernir nuestros microscopios (1), y presenta en mucho mayor número de casos una infinidad de granulaciones sembradas aquí y allá en toda su masa. Fijándonos, sin embargo, en los múltiples ejemplos que la naturaleza ofrece, notaremos que se le halla homogéneo en las hojas primordiales del *Phaseolus*, cotilédones del embrión del *Heliantus*, y formaciones que acompañan á los óvulos en folículos de 80 á 150 milésimas de milímetro descubiertos por *Kölliker* en ciertos individuos en el período de infancia, y por *Quinke* en diversas especies animales; que luégo ya en las células de *Valisnesia* se presenta sembrado de algunos granos de clorofila; que los *zoosporos* le muestran en una extremidad hialino, y en la otra lleno de la materia que acabamos de citar, que en el desenvolvimiento de las esporas de los *Equisetum* se esparcen y desaparecen alternativamente, y varias veces, diversos gránulos; que en muchísimas otras células contiene ya líquido celular, cristales, granos de almidón, y gotillas de grasa; y que así, de ejemplo en ejemplo, se podría formar una larga serie de transiciones insensibles, y enlazadas en continuidad, uno de cuyos extremos fuese la homogeneidad más perfecta, hallándose en el otro por el contrario la mayor suma de corpúsculos diversos que nos es posible contemplar en él.

Unamos además á esto el dato de que aquí se nota, aunque sólo en general, y teniendo en cuenta que tal cosa no debe ser tomada de una manera absoluta, que cuanto más jóvenes son las células, ó cuanto más sencillo es el ser á quien pertenecen, menor es el número de las formaciones que allí se encuentran; debiendo al mismo tiempo citarse la ley que indica *Hofmeister* (2), con las mismas restricciones de que en las masas protoplásmicas desnudas no se encuentran ni los granos de fécula, ni los cuerpos llamados clorofilianos. Ya veremos después la importancia que esto tiene.

Todos los anteriores hechos parecen conducir á la doctrina, hoy muy generalizada, de que en el protoplasma se encuentran realmente dos sustancias distintas: una, la que merece con propiedad este

(1) Véase lo que dice *Ed. Strasburger* á propósito de la estructura del protoplasma en una obra que acaba de publicar en alemán con el título de *Estudios sobre el protoplasma*.

(2) *Doctrina de la célula vegetal* (en alemán).

nombre, es homogénea flúida, é incolora; otra, constituida por el conjunto de las demas, debidas todas, muy probablemente, conforme luégo veremos, á su diferenciación, y que marca como las oposiciones creadas sobre aquella unidad primera: á esta segunda es á la que ha dado por ejemplo *Haustein* el nombre de *metaplasma*. La existencia de aquella en las formaciones más jóvenes, parece dar mucha fuerza á esta creencia; y si bien es cierto que no es grande el número de los ejemplos que pudieran citarse de *protoplasma* completamente homogéneo, también lo es el que se hace muy difícil sorprender á estas masas en su primera determinación, y que así es, por lo tanto, lo más común que las encontremos ya diferenciadas.

Una capa de las condiciones que acabamos de indicar, es decir, una sustancia hialina y homogénea, se encuentra, sin embargo, en la periferia de casi todas las porciones de protoplasma.

Aparece ésta como una cutícula que es, en la apariencia al ménos, hialina y homogénea. Por su borde exterior se encuentra perfectamente limitada y con contornos muy determinados: por la interna no se puede fijar el sitio en donde ella acaba, y principia, por el contrario, la sustancia granulosa; siguiendo á aquella, se la ve borrar y confundirse con ésta, pudiéndose notar además sin dificultad que algunos gruesos corpúsculos de clorofila tienen una parte de su masa como aprisionada en la primera. De esto se deduciría que tal envoltura protoplásmica conserva una cierta continuidad con el resto, y que no debe, por lo tanto, separarse nunca de él en el estado de vida.

Mas, contrariamente á lo que se supone en esta última indicación, hay determinados casos en que tal divorcio se observa.

Así acontece, por ejemplo, en los *plasmidios* de algunos *Myxomycetes*, que dan prolongaciones muy alargadas en la forma de filamentos más ó ménos cilíndricos, de los cuales se retira luégo el protoplasma interior, quedando la envoltura hialina bajo una forma semejante á tubos, cuyas paredes se unen por último unas á otras, tomando entónces el aspecto de cordones y reabsorbiéndose luégo en el cuerpo común.

¿Son, pues, estas apariencias nuevos ejemplos de sitios en donde podamos contemplar al protoplasma en sus primitivas condiciones de homogeneidad é indiferenciación, ó constituyen, por el contrario, una forma particular de las envolturas protoplásmicas?

Muy variadas son las opiniones de los naturalistas acerca de esta cuestión.

Fundándose ya en los unos ó ya en los otros datos, se ha aceptado la primera ó la segunda doctrina, inclinándose cada uno á aquella teoría que se merecía ser mejor comprobada por las observaciones

y experimentos propios, ó por el exámen de aquellos ejemplares que se habían tenido más á la vista. Así, *Strasburger*, por ejemplo, que es el que ha ejecutado los últimos estudios sobre tan interesante asunto, y que ha podido ver la estructura especial que presentan diferentes de estas masas hialinas, parece completamente decidido á concederles el valor de una verdadera envoltura protoplásmica. Pero examinando de nuevo preparaciones de este género, y reflexionando sobre las condiciones que presentan, se adquiere el convencimiento de que existen muchos casos en que esto no puede ser admitido de una manera absoluta, por más que en otros se halle plenamente justificada la susodicha doctrina; es más, unos mismos cuerpos principian por ofrecer como inseparables sus porciones hialinas de la periferia, y acaban por presentarlas bajo la forma de cutículas que pueden desprenderse con facilidad de las masas restantes á que se hallaban íntimamente unidas.

Nosotros, en presencia de estos datos, y sobre todo mediante los que hemos adquirido en nuestras investigaciones experimentales, creemos que el fenómeno se realiza de la siguiente manera:

La primera consolidación de la superficie de las masas fundamentales, consolidación semejante á la que tiene lugar en toda esférula líquida, hace refluir hácia el interior á todos los demas cuerpos derivados que se encuentran en medio de aquellas porciones, aprisionando al mismo tiempo por alguno de sus extremos á los más voluminosos y, por tanto, más difíciles de rechazar. Mientras esto sucede, la capa hialina no representa sino la parte más concrecionada de la masa fundamental. Después, la diferenciación y cambio que se opera de diverso modo en estas dos porciones de condiciones distintas, las va separando y desunido poco á poco hasta que tal efecto se realiza por completo, y aquella formación goza de esta manera de una mayor independencia, siendo entónces una verdadera cutícula. En el trascurso de estas modificaciones es cuando se observa que adquieren los caracteres indicados por *Strasburger* en el trabajo ya citado.

Esto es, apuntado brevemente, lo que se sabe sobre el aspecto y estructura del protoplasma.

Pero si difíciles son de llegar á conocer las condiciones que pudiéramos llamar físicas, fácilmente comprenderemos que tales inconvenientes se han de ver muy acrecentados al tratar de la denominada composición química.

Que existen agua, sales, materias albuminosas, cuerpos nitrogenados no protéicos, grasas, sustancia glicogena, hidruros de carbono en general, y probablemente azúcar, ya en el procedente de las células animales ó en el de las vegetales, es todo lo que sabemos sobre aquella; mas en qué proporció-

nes entran estos principios y cuál es la forma en que se encuentran allí agrupados, son hechos todavía poco esclarecidos para los observadores. Lo que sí se conoce positivamente es que el fondo de determinación que parece residir en esta sustancia será verdaderamente inagotable, encontrándose, como se encuentran, potencialmente en ella las porciones diversas que se han de engendrar en una célula, y las que deben formar parte de cada una de las destinadas á desempeñar variadísimas funciones. Solo esto último nos basta para comprender hasta qué punto debe ser rica en virtualidad la sustancia constituida en las primeras formas de la organización.

De ello deduciremos al mismo tiempo que, hablando en general, es imposible fijar la composición química del protoplasma.

Este elemento no es, efectivamente, una masa inerte y fija, que permanece inalterable en medio de las influencias que por todas partes se ejercen sobre ella: como después hemos de ver, vive, y viviendo, reacciona contra estas, modificándose y sufriendo una lenta, pero constante diferenciación química. La fijación de los principios que en ella entran sólo puede tener, por tanto, un valor relativo á la edad y momento en que se haya verificado tal análisis.

Tenemos, sin embargo, el dato fundamental de que el protoplasma es siempre sumamente rico en agua.

Hasta en uno de los casos en que se ofrece más viscosamente mucilaginoso, como sucede en el del *Acthalium septicum*, examinado poco tiempo antes de la formación del fruto, da al ser analizado una proporción de aquel líquido que se acerca y aun excede del 70 por 100 del peso total.

El protoplasma posee además las condiciones de una sustancia coloide, y obra como obran todas estas.

Es fácilmente dislocable, y está expuesta á grandes alteraciones; se combina con el agua lentamente, y se esponja en ella presentando la consistencia de un mucílago más ó menos espeso. De igual manera que las susodichas sustancias coloides de todas las clases y consistencias, posee también la propiedad de engendrar corrientes osmóticas siempre que una porción de él se encuentra sirviendo de tabique ó capa de separación entre dos líquidos ó gases de naturalezas diferentes, y ejerce también como aquellas variadísimas acciones sobre las distintas sustancias.

Respecto de su constitución dinámica, puede decirse aún menos de lo indicado de las anteriores cuestiones.

Hé aquí á continuación los únicos datos que se poseen para juzgar de ella.

El protoplasma se deja atravesar por ciertas disoluciones, y permite sólo el paso al agua que contienen otras. Así se le ve permanecer en muchos casos incoloro, en tanto que las vacuolas que encierra están constituidas por jugos de diversos matices; y si

por un medio cualquiera, como por ejemplo, mediante la acción del azúcar disuelto, le obligamos á contraerse, ejerce una presión sobre las citadas vacuolas; las reduce de volumen; parte del líquido que contiene pasa á empaparle, y aumenta en aquellas la intensidad de la coloración, demostrándose con esto que han salido porciones del agua, pero no de la materia colorante. Hechos de esta naturaleza han sido comprobados por *Hofmeister* y otros botánicos en las vacuolas con jugo rojo de las células epidérmicas de la *Vallisneria spiralis*, en los pelos estaminales de la *Tradescantia virginica*, en las células del sarcocarpo del *Solanum nigrum* y en otras muchas semejantes á estas: nosotros hemos realizado idénticos experimentos en células de forma próximamente elipsoidal de hojas que empezaban á transformarse en bracteas en el *Amaranthus cristatus*.

Fenómenos de la misma índole se realizan también en los elementos histológicos que contienen jugos azucarados.

Si colocamos en el agua pedazos de melocotón, de naranja, de manzana ó de cualquier otro fruto suficientemente duro para que al tiempo de cortar aquellos no queden dislacerados los tejidos, observaremos que el líquido no se azucara ni recibe gusto alguno en el trascurso de los primeros minutos: es necesario que continuando la acción se rasgue el tabique protoplásmico, ó se destruyan la continuidad y condiciones ordinarias de este para que principie á marcarse el sabor dulce que pueden comunicar al indicado vehículo. En el momento en que principia á producirse este último efecto nos muestra siempre la observación micrográfica que el tabique protoplásmico se halla en parte coagulado y lleno de más ó menos numerosas hendiduras.

Cuando los líquidos coloreados, ó los que tienen otros principios en disolución, se encuentran bañando á la célula, pueden notarse idénticas modificaciones mediante la observación de diversos hechos algo semejantes á los anteriores, pero que se realizan en opuesto sentido.

Si se produce la contracción del protoplasma, parte de aquellos flúidos penetran entre la epidermis celular y la superficie de la sustancia fundamental; pero en aquel espacio aumenta al mismo tiempo la intensidad de los matices, y esto muestra que el agua es sólo la que encuentra libre el camino para cruzar el contenido y dirigirse más al interior del elemento histológico sometido á nuestro estudio.

Todas estas condiciones pueden ser, sin embargo, profundamente cambiadas.

La permanencia en agua en períodos de tiempo mayores de 10 á 48 horas; la acción combinada de este líquido y del ácido clorhídrico; las violentas calefacciones; los cambios alternativos de congelación y deshielo de los jugos; los aplastamientos;

golpes, punciones, hendiduras, alargamientos y demas acciones mecánicas, producen la salida inmediata de los jugos coloreados ó dulces, ó la penetración de los que se encuentran bañándole exteriormente, al través de un protoplasma que pierde entónces todas estas propiedades de que disfruta en comun con la demas sustancias coloides.

Digamos últimamente, para terminar estas indicaciones, que la resistencia que presenta la cutícula protoplásmica al paso de las materias tintóreas ó azucaradas es más enérgica que la que luego hemos de ver que ofrecen tambien las epidermis celulares.

De todas las cualidades expuestas nacen precisamente las dificultades para fijar las condiciones de la indicada sustancia.

El protoplasma no permanece ni un solo instante estático. Observado en el interior de una célula, no puede considerarse como una materia constitutiva, sino como un verdadero órgano de esta: como el miembro en quien reside la facultad de su desplegamiento.

¿Mas qué es realmente y en virtud de esto el protoplasma?

De por sí, y simplemente como sustancia química, no presenta más de particular que los caracteres que la diferencian de otra cualquiera, como tienen todas las demas; pero constituyendo un organismo, y mejor todavía, siendo la sustancia que consideramos en los elementos orgánicos, el protoplasma encierra en sí toda la virtualidad potencial que aquel representa; semeja animado de fuerzas que se despliegan y dan origen á una extensa diferenciación; y aparece como el fondo inagotable de donde se originan las distintas creaciones, tales como la *membrana, núcleo, nucleolo, cuerpos clorofilianos, granos de almidon, granos de aleurona, cristaloides, cristales de grasa y de inulina*, y demas corpúsculos derivados (1).

Mediante estas sencillas indicaciones, se comprende bien la distinción hecha por los histólogos, sobre los modos diversos que tienen de obrar sobre el protoplasma los diferentes agentes, segun que este se encuentre en uno ú otro de los dos estados susodichos.

Cuando esta sustancia se halla separada de una célula, ó mejor dicho, cuando no constituye á ésta, es un cuerpo como otro cualquiera de los que forman parte íntima de la tierra, es decir, una porción del cuerpo de ésta; y entónces está sometido á las fuerzas algo más conocidas del astro, ó conforme se expresa vulgarmente, de la *materia bruta*, encontrándose el protoplasma en el estado que se denomina, impropriamente, *de muerte*.

(1) En el siguiente artículo indicaremos lo poco que hoy puede decirse sobre conformación de todas estas sustancias.

Si constituye, por el contrario, á uno de aquellos elementos, manifiesta todas las mil variadas actividades propias hasta del más sencillo sér epitelúrico, y entónces se le apellida *vivo*.

Decir, como de ordinario se indica, que en el segundo caso está sometido á influencias á que no se halla sujeto en el primero, sería cosa casi ociosa: y es que realmente cada individuo obra de distinta manera, y cada reino tiene sus caracteres diferenciales, marcándose precisamente en ellos el cierto aislamiento en que se encuentran los seres organizados desde las energías de este globo en que habitamos. Por lo demas, claramente se deduce así mismo de lo anterior, que no es el protoplasma el que esta *vivo* ó *muerto*, sino *el individuo vegetal ó animal distinto de la esfera celeste el que existe ó no existe*: en el primer caso, hay manifestaciones distintas de la de los cuerpos sidéreos; en el segundo, no se contemplan más que las energías de estos.

Así el protoplasma muerto se deja penetrar por todas las materias colorantes, y permite pasar y salir al exterior el jugo celular, de la misma manera que si al retraerse su masa se hubiera realizado en ella la formación de multitud de canales y orificios que la cruzaran de una á otra parte; en tanto que el vivo es atravesado únicamente, segun ya hemos dicho, por los gases y otros productos, bajo la influencia de la difusión y en la forma que tendremos que exponer más adelante.

El *protoplasma vivo*, que es por lo tanto el que aquí más nos interesa, es decir, el protoplasma órgano principal del elemento orgánico, sufre un continuo movimiento de desarrollo y diferenciación. Este cambio es total, conforme hemos ya indicado varias veces; el cuerpo pasa de un estado á otro por una modificación completa en su modo de ser; pero segun tambien sabemos, esta variación se expresa ante nosotros como todas las demas, por una serie de alteraciones parciales, correspondientes término á término á aquellas cualidades ó circunstancias que distinguimos en los objetos. Así, lo que notaremos en nuestras investigaciones, es la modificación de la forma, la de la estructura, la del color, la de la movilidad, la de la composición química, y otras parecidas, y esto nos obligará á acomodar nuestro estudio á esta norma general.

Vamos, por lo tanto, á ocuparnos primero de los cambios de forma, estructura y color bajo el nombre de *diferenciación física*; pasaremos despues á la consideración de los *movimientos protoplásmicos*; y terminaremos investigando lo que podremos denominar *diferencias químicas*.

ENRIQUE SERRANO FATIGATI.

Catedrático del Instituto de Ciudad-Real.

LOS ANTEPASADOS.

INGO.

X. *

EN LA FUENTE.

Un estío había visto las encinas que coronaban el burgo del Idis envueltas en su manto de follaje; un invierno había barrido las ramas secas, pero todo el año había resplandecido la llama del hogar en la nueva casa que los árboles cobijaban. Vino otro estío y el buen tiempo: en largas filas corrían por el cielo pequeñas y transparentes nubes, y al pié de la colina desfilaban pausadamente los rebaños de bueyes y carneros.

Bajo las encinas se levantaba orgulloso el pabellon que habitaban los señores: subiendo las gradas, se penetraba por elevada puerta en una sala de vastas dimensiones; veíase en el fondo el sagrado hogar, en lo alto la poderosa armazon de vigas que sostenían la techumbre, á los lados el estrado corrido y las puertas que daban entrada á los aposentos del señor y de la señora. En el patio, dominados por el pabellon principal, aparecían los dormitorios de la servidumbre, las caballerizas y los almacenes de un solo piso.

Bajo la encina, que aún conservaba la primitiva vivienda, estaba sentada Irmgarda, y su vista se fijaba amorosa en el pequeñuelo que reposaba sobre el escudo de tilo de su padre, suavemente mecido por Frida. El niño perseguía con su diminuta mano una abeja que zumbaba en torno suyo.

—Sepárate, y no hagas daño al tierno héroe,—dijo Irmgarda asustada;—aún no sabe que bajo tu túnica escondes aguzado venablo. Vuela junto á tus compañeras, y aplicate á reunir los jugos de la miel para que mi hijo se regocije en el invierno con el fruto de tu trabajo; pues es un futuro señor, al que corresponderá el diezmo de todas las riquezas que crecen en el bosque comun. Mira, Frida, cómo levanta el puño, y con qué arrogancia nos mira: será un guerrero temido de los hombres. Ahí viene su padre, y le trae el botin de la caza,—gritó con alegría.

Y tomando al pequeño del escudo, mantúvolo en alto hasta que Ingo llegó con su cuerno de caza, su venablo y un corzo muerto sobre los hombros. El Príncipe se inclinó sobre su hijo, acarició los dorados rizos de su esposa, dejó el animal al pié del árbol y exclamó:

—Cruzó la rápida bestia mi camino cuando atra-

vesaba la montaña para ir á la marca borgoñona; no está muy léjos, y no se cansa un caballo para alcanzarla,—añadió sonriendo.—En la pasada noche robaron á un Marvingio dos bueyes del cercado del bosque; seguimos las huellas, y vimos que guiaban á la frontera: mis enviados han seguido el Sur á reclamar la devolucion. Creo que será inútil, pues los fronterizos son aviesos, y no habrá más remedio que ir á tomar el desquite en sus ganados. No es gran empresa para un héroe este merodeo nocturno, más propio de un gato que sale de caza; pero lo exige el labrador perjudicado, y el señor no puede rehusar.

—Por eso los vasallos sonríen al saludarte, y tu mujer se regocija del respeto que te muestran,—dijo Irmgarda.

—Tengó una buena esposa, que busca en mí toda su alegría. Temo que no ha de volver á oír otro trovador que ensalce las proezas de su marido. Soñé esta noche que las armas que penden sobre mi lecho sonaban; levánteme, y ví que mi sable vibraba dentro de la vaina. Tú que sabes interpretar los signos, ¿puedes decirme lo que significa el sueño?

—Que mi Rey desea empresas léjos de la madre y del hijo,—dijo Irmgarda con un suspiro.—La casa es estrecha y está demasiado escondida en el bosque. Bien veo muchas veces las nubes que oscurecen tu frente, y escucho otras belicosas palabras que de tus labios salen cuando duermes y yo me inclino sobre tí.

—Tal es la condicion del hombre, bien lo sabes. En el lecho anhelar el combate, las aventuras; en el campo soñar con las caricias de la esposa amada. Es muy posible que el canto de mi espada nos anuncie un empeño con los Borgoñones; los vasallos son desleales con nosotros, y su rey Gundomar me trata con frialdad. Mira, mira al viejo convertido en carpintero.

Y señaló á Berthario que atravesaba el patio con un hacha al hombro y un gran zurrón de cuero.

—Hay que reparar algunas averías en el puente levadizo,—explicó el anciano acercándose y saludando,—y los brazos son escasos. Tus servidores preparan alegremente con las gentes de la aldea la fiesta nocturna de la canícula y disponen las hogueras que han de encenderse en las cúspides.

—Y entre tanto, tú vigilas por todos,—dijo Irmgarda.

—Toda prevision es poca para el guardian de un tesoro,—contestó Berthario inclinándose delante de la Princesa.

Y con seria entonacion, prosiguió:

—El techo de esta sala se levanta hácia el Norte, y sobre las montañas se forman las nubes preñadas de la tormenta; al Norte miro siempre cuando el calor del dia es sofocante como hoy: perdóname,

* Véanse los números 150, 151, 153, 154, 156, 159, 160, 161, 164 y 166; páginas 16, 50, 109, 146, 212, 235, 339, 373, 472 y 527.

señora, si despierto cuidados adormecidos. Mientras vivió mi camarada Isanbart, su buen sentido impidió toda tentativa de venganza del otro lado de los montes, y el señor Answaldo escuchó sus consejos; pero ahora cubre su cuerpo el túmulo funerario, y á los oídos del Príncipe llegan sólo las palabras de nuestros enemigos. No temo que el pueblo se arme contra nosotros, pero sí alguna secreta venganza; y veo con disgusto los paseos de la señora, cuando sin compañía visita el valle.

—¿Y he de vivir como una prisionera, padre mio?— observó Irmgarda con dolorosa expresion.

—Solamente algun tiempo. Todas las heridas cicatrizan, y la de Theodulfo ha curado, según sé; y ahora parece que el hombre se ha alargado hasta la corte de Bisino.

De afuera del recinto sonó alegre vocerío, y el vigilante apostado sobre el armatoste de madera, sopló en su cuerno, añadiendo al toque obligado alegres variaciones de su cosecha. Irmgarda sonrió, é Ingo dijo:

—Amigo es, y el vigilante lo honra como puede.

—¿Wolkmar!—exclamó la Princesa.

Y corrió hácia el trovador, que penetraba en el recinto; pero se detuvo cuando alcanzó á distinguir la solemne expresion del viajero.

—De mi país vienes, y comprendo que no me traes amistoso saludo,—dijo Irmgarda.

—Del burgo del Rey vengo,—comenzó Wolkmar.

Y en su rostro pintábase la emocion al inclinarse ante la señora y el Príncipe.

—Corto ha sido mi descanso en la casa del bosque. El señor Answaldo mandó ensillar para ir á la corte del Rey; la princesa estaba sentada entre sus doncellas; reinaba el silencio, y nadie me preguntó á dónde me dirigía.

Irmgarda volvió su rostro un momento, pero á seguida asió la mano de su esposo y contempló su rostro varonil con amorosa expresion.

—¿Vienes como mensajero del Rey?—dijo Ingo;—espero que será amistoso el mensaje.

—Los labios del Rey han enmudecido,—contestó Volkmar;—han concluido sus inquietudes por el trono y el tesoro; se le encontró muerto sobre su lecho despues de haber comido y bebido alegremente con sus servidores la noche anterior. Se le encerró en una pira, y las llamas han consumido su envoltura mortal.

Profundo silencio siguió á estas palabras.

—Poderoso señor era y bizarro guerrero; más glorioso fin que entre sus ébrios guardias le hubiera convenido,—dijo, por fin, Ingo conmovido.—Con muchos ha tratado con excesiva suspicacia; pero yo le debo un año de tranquilidad y proteccion contra mis tenaces enemigos.

—La Reina guarda ahora para su hijo las llaves

de la tesorería,—prosiguió el trovador;—domina con mano fuerte en el burgo, y sus tropas recorren el país. Los nobles se disputan su gracia, y ninguno se atreve á rebelarse contra su mando; y eso que algunos opinan ya que el velludo puño del Rey apretaba ménos que los blancos dedos de la dama Gisela. Esto te anuncio, sin encargo de nadie, Príncipe; tú verás si te es desfavorable.

—Veo que con igual seriedad das las nuevas tristes y las alegres,—contestó Ingo riendo.—Si el Rey no quería perjudicarme, de la Reina sé que será para mí bondadosa y magnánima: ahora es cuando puedo reposar en mi felicidad en la parte que depende de la voluntad de mis vecinos.

—Inseguro es el favor de una mujer altiva.

—He sido un fiel guardian de las fronteras para el difunto Rey, y no he de ser ménos para el hijo. Mientras la señora Gisela gobierne á los Thuringios, sólo bienes espero de esa parte. ¿Hablaste con la Reina?

—Hostil se clavó en mí la mirada de la Reina cuando me descubrió entre el tropel de cortesanos. «Si piensas seguir tañendo tu viola en mi corte, evita,—me dijo,—el camino de la montaña: cuando el gorrion vuela sobre el bosque, el buitro le arranca las plumas. Mensajero charlatan fuiste una vez; cuidado con la lengua.»

Despidióme con un gesto, y yo, á pesar de todo, corrí á estos hospues, pues me apretaba la zozobra por tí y por la señora.

—Vano es tu temor; pero te lo agradezco como prueba de leal afecto: algun envidioso te habrá enemistado con la Reina. Sus sentimientos hácia mí he podido apreciar en difícil ocasion; nos profesamos amistad, y de una misma fuente ha brotado nuestra sangre. Éramos muy niños cuando nuestros egregios progenitores, sobre la piedra de la montaña que partía los dos reinos, nos eligieron para marido y mujer.

—Pero no ha sido tu mujer,—objetó Berthario.

—Es igual; es mujer, y mal nos estaría á nosotros, hombres, temer sus femeniles caprichos,—dijo Ingo riendo.

—Aún peor confiar en su amistad,—advirtió el viejo.—Cuando la osa era pequeña lamía la mano del hombre que despues de crecida desgarró con sus uñas.

—Tenaz es tu desconfianza; pero, en fin, yo practicaré esa cordura que me aconsejas. Hoy recorreremos las aldeas é invitaremos á una asamblea; se deliberará si debemos enviar una embajada á la nueva Reina, y entre tanto disponernos á lo que pueda suceder: si el trabajo resulta inútil, al ménos nos reiremos despues de la zozobra. Tú, Volkmar, permanece entre nosotros hasta que hayas recobrado la gracia de Gisela; sabes con cuánto gusto te hospedaremos.

—Perdona, señor,—dijo con grave aspecto el trovador;—no detendré aquí mi viaje: la cólera de esa mujer corre más que el ciervo y vuela más que el halcón. También ha olvidado que en vida del difunto Rey alabó una vez mi mensaje; si crees estar seguro de ella, yo no lo estoy.

—¿Quién puede detener la leve planta del cantor errante? Pues quieres abandonarnos, descansa, sin embargo, en el hogar de la señora, y que te veamos pronto bajo nuestras encinas.

—Volveré á visitar estos lugares en que crecen las encinas,—contestó el trovador inclinándose sobre la mano que el Príncipe le tendía.

Ingo se dirigió con Berthario hácia las caballerizas, é Irmgarda le siguió con la vista.

—Muchos secretos posees, Volkmar,—díjole con desmayado acento;—pero no puedes descifrar á la acongojada esposa el laberinto de pensamientos que ocupan la mente de su marido.

—Sucede con los pensamientos en la cabeza lo que con las golondrinas en el alero del tejado: incessantemente entran y salen; pero tú te asemejas á la llama del hogar, que constantemente esparce el calor y la alegría; no te inquieten sombras que tu luz hace desaparecer. Y ahora, señora, sabe que llego á tí como discreto mensajero: cuando me despedí de la casa del bosque salió á despedirme la señora Gundrun, y junto al cercado en que guardan la volatería díjome, mostrándome una cigüeña:

—Este pájaro voló en el verano, pero volvió con el invierno, trayendo su hijuelo; ahora alimentamos á los dos. Una que tú conoces desapareció de aquí porque recibió las plumas de un ánade silvestre; llévale tú este otro símbolo de viaje.

Y el cantor ofreció á Irmgarda plumas del ala de una cigüeña, atadas con un hilo á otras de la cola de un polluelo. La jóven tomó el presente materno, y durante un rato lo roció con sus lágrimas; por último, dijo:

—Dama Adelar, la cigüeña volvió á la casa porque un ave carnífera desgarró al señor de su nido; pero mi corazón me ordena resistir al halcón rapaz que agita sus alas contra el señor de mi hogar. Ven, Volkmar, quiero que veas al polluelo que riendo amenaza con su puño cuando el padre se inclina para besar su frente.

Después de medio día reinaba el silencio en el burgo. El cantor había partido; Ingo, con sus servidores, recorría los valles de su dominio, é Irmgarda estaba junto á la fuente que brotaba de un peñasco cercano á la morada. Los hombres del burgo habían ahuecado en la roca una hermosa taza donde el agua se extendía trasparente; la siesta era calurosa y placía el fresco vapor del agua al verse desde el borde del estanque; las ramas de un fresno que crecía en la cima de la peña coronaban

á modo de techo el verde recinto formado por los sauces, que con su follaje protegían el plácido retiro de indiscretas miradas.

Irmgarda tenía al tierno hijo suspendido sobre la sagrada fuente.

—Amada señora del agua corriente,—suplicaba,—sé favorable á mi hijo; que sus miembros se fortalezcan, y su cuerpo sea bien conformado como el de mi señor.

Bañó al niño, que gritaba impaciente y batía el agua con sus piernecillas; después frotóle el diminuto cuerpo con un fino lienzo, abrigóle, sentóle sobre el musgo y le habló y acarició hasta que terminaron los lloros de la criatura y su inocente rostro sonrió á la amorosa madre. Levantóse entonces ésta y desvestiéndose la túnica, en ropas interiores y desceñida, lavó en el estanque la orla del ropaje y tendiólo después sobre el césped para que lo secasen los rayos del sol.

—En otro tiempo tenía criadas que se disputaban mi servicio; rara vez mis manos tocaban el hogar ó el lavadero; pero ahora solo dispongo de Frida y de las criadas para la molienda: áspera se pondrá mi mano y temo que llegue á desagradar á mi esposo. Pero si la cuidara y conservase suave, ¿cuánto no faltaría á su comodidad? ¿Cómo viviría él sin mi ayuda en esta salvaje comarca?

Vió entonces su imagen que oscilaba sobre el líquido espejo, y soltó el lazo que aprisionaba sus cabellos; los largos rizos descendieron hasta tocar el agua; Irmgarda siguió contemplando la onda y prosiguió:

—Así le agradaba yo otras veces; ¿cómo podría saber si piensa él todavía como cuando me besaba al primer albor de la mañana? ¿Me habrá transformado la silenciosa angustia que me inspira la cólera del padre y el dolor de la madre? Pero al Rey oculto mis suspiros y únicamente en la soledad retuerzo mis manos. Esta oscura tranquilidad abruma su ánimo altivo; ansía gloriosas empresas; ¿cómo nó si desde su niñez se acostumbró á preparar á las águilas los festines del campo de batalla! ¡Y ahora su cabeza descansa bajo humilde techo, por amor mio!

Con el rostro pegado á la piedra fría permaneció sumida en amargos pensamientos; el vigilante de la torre dió el alerta, resonaron pasos sobre la roca y ella nada advirtió; á su lado relinchó un caballo y una sonora voz femenil gritó:

—¿Qué hace la mujer al borde de la fuente? ¿tan curiosa contempla su imagen que ni ojos ni oídos tiene para los demas?

Irmgarda se levantó. Ante ella estaba á caballo una dama de alto rango; de la dorada cabellera pendía un velo; en sus hombros y en la grupa del corcel descansaba un manto de púrpura; los arreos del caballo estaban rematados con oro, y su casco pisa-

ba la túnica de lino que Irmgarda había puesto á sear: detrás de la extranjera percibió la jóven el pálido rostro de Sintram. El rubor encendió su rostro cuando comprendió quién era la mujer que la sorprendía desceñida y con las piernas desnudas. Pero la cólera de sus ojos en nada cedía á la que mostraban los de la Reina. Por un momento ambas mujeres cambiaron rencorosa mirada; despues soltó Irmgarda sus cabellos, que como un velo cayeron sobre su seno y sentóse en el césped junto á la fuente; despues tomó á su hijo y lo estrechó contra su pecho.

—¿Es muda la mujer que se ha echado en el suelo?—preguntó la Reina á su acompañante.

—Es la misma dama Irmgarda, señora,—contestó Sintram.—La Reina te llama, prima Irmgarda.

La jóven permaneció inmóvil, pero con voz imperiosa gritó:

—Vuelve tu rostro, Sintram; no debes contemplarme desnuda mientras el caballo de tu Reina pisa mi túnica.

—¿Has aprendido lo que conviene á una mujer en la corte de tu padre, de la que huistes para ser manceba de un extranjero?—preguntó la Reina.

—Sin razon me injurias, por Reina que seas; honrada vivo con mi legítimo esposo; mira, envidiosa, si puedes gloriarte de otro tanto.

Con gesto de amenaza levantó el brazo la Reina; oyéronse entónces voces en la altura.

—Aquí, Ingo; ¡favor á tu mujer!

Por el rápido sendero descendió el Vándalo y contempló admirado á su mujer en el suelo, á la Reina colérica sobre el poderoso corcel y detras el conocido acompañante. Colocóse delante de su esposa, y doblando cabeza y rodilla ante Gisela, exclamó con alegre acento:

—Salud á la poderosa reina de Thuringia; con veneracion me inclino ante tí; que tu gracia alcance á la humilde casa de tu leal pariente.

El rostro de la Reina se desanubló ante la respetuosa actitud de Ingo y ante su manifiesta alegría, y así contestó afable:

—Salud tambien á tí, primo mio.

—¿Nadie reclama el derecho de ayudar á la Reina á apearse de su caballo?—dijo Ingo; y ofreció brazo y pié á la dama, que asiendo los rizos de la cabellera del Vándalo, se deslizó á tierra con ligereza.

—Perdona, prima Gisela,—prosiguió Ingo cuando la Reina hubo descendido;—no conviene que la señora de mi casa se presente desnuda á la Reina y á un extranjero; préstale graciosa tu manto, para que se aleje decorosamente.

Y cogiendo rápido la hermosa vestidura, desprendióla del broche que la sujetaba á los hombros de la Reina; ésta palideció y retrocedió, pero Ingo ya había colocado el manto sobre los hombros de su mujer, diciéndola al propio tiempo:

—Déjanos.

Envolvióse Irmgarda en el amplio manto y subió el sendero con su pequeñuelo en brazos. Ingo entónces se volvió á la Reina á tiempo para ver cómo luchaba por contener su ira, y cómo Sintram se apeaba y dirigía á él con el sable á medio sacar de la vaina; pero á un gesto de la Reina se detuvo.

—Atrevida ha sido la mano que quitó su manto á la Reina, pero sienta bien al hombre cuidar del honor de su casa: has remediado lo que nuestra prisa en llegar había perjudicado, y no te guardo rencor.

A otro gesto de la Reina, Sintram se alejó con los caballos, é Ingo quedó solo con su prima.

—Por fin ha sucedido lo que anhelaba; ante mis ojos estás como aquel dia en que te recibí sobre las gradas de mi palacio, y como entónces me llego á tí llena de afecto. Muchos enemigos tienes en mi reino, que te desean mal; sus gritos de venganza resuenan muy alto en el burgo real, y tambien mis paisanos los Borgoñones se quejan de los latrocinios de tu pueblo.

—Bien conoces, Reina mia, los usos de las marcas: cuando los extranjeros agravian á mis gentes, estos miden la venganza que han de tomar. No obstante, si los míos han hecho perjuicio á algun Thuringio, pronto estoy á reparar el daño; pero tú, señora, consérvanos la paz que Ingo y sus fronterizos ansian.

—El héroe que conocí en otra época tenía más altos pensamientos que robar ganados á los Borgoñones,—dijo la reina con burlon acento.

—El hombre que inseguro discurre sobre la faz de la tierra, construye con placer un techo, bajo el cual manda como señor.

—Inseguro es tambien el techo que cobija á la mujer que todo un pueblo ofendido reclama. El padre y el prometido, á quienes has robado esa mujer, exigen la campaña contra tí; el jóven Rey necesita la ayuda de sus magnates; no puede rehusar su justa exigencia, y temo que tu perdicion está próxima, pues la voluntad del Rey no puede ya contener la colérica impaciencia de los ofendidos.

—El peligro con que me amenazas me liga más á mi hogar: si la guerra se aproxima, bien venida sea; la herrumbre se comía la espada que cuelga sobre mi lecho.

—Hombre loco,—gritó la Reina acercándose á Ingo,—vives descuidado en la selva, mientras los cazadores te acechan de todas partes. El César emprende nueva campaña contra los Alemanes, y su venganza te reclama; ha ofrecido amistad á los Borgoñones, y Gundomar reúne sus ejércitos.

—¿Has nombrado al César? Gracias por la buena nueva, Reina mia; ¡oh! por eso cantaba mi espada; por fin se acerca el adversario con que sueño noche y dia. Sus ojos despedían llamas y su mano como que buscaba un arma.

—Bien dicho, héroe,—gritó Gisela, contagiada por su ardor;—trabajo perdido es querer seducirte por el terror. Vengo á ofrecerte más gloriosa compañía que la de los labradores de la selva y de las marcas. Ingo, primo mio, á tí mejor que á hombre alguno quiero confiar mi persona y la de mi tierno hijo; deseo á mi lado un héroe que mande mis ejércitos en la batalla y enseñe al joven Rey cómo se alcanza la gloria. Para tan alto destino te he escogido, y vengo aquí para llevarte á la corte.

Ingo permaneció suspenso; los pensamientos se embrollaban en su cabeza; veía ante sí una mujer hermosa realzada por el prestigio de una corona; su blanca mano le ofrecía cuánto podía apetecer la ambición y la pasión del más orgulloso héroe.

—Un niño eras,—prosiguió Gisela con temblorosa voz,—cuando nuestros padres pusieron mi mano en la tuya: eras un héroe glorioso entre todos, y yo una mujer descontenta de mi suerte, cuando otra vez tu mano acarició la mía en el burgo real. Lo que entonces te separaba de la Reina ha desaparecido bajo el peso de un túmulo mortuorio; ahora te busco para hacerte el más poderoso señor de estas tierras. Ambos oramos á un mismo Dios, de cuya raza procedemos; los espíritus invisibles nos han consagrado para ser señores de gentes, y reyes de otros reyes.

Cuando Ingo escuchó de otros labios lo que su intenso pensamiento constantemente le repetía, miró á la Reina como una Diosa que bajaba á realizar su destino. Y á este punto oyóse leve rumor en la altura del peñasco; el manto de la Reina cayó á los pies de Ingo, y apercibióse el suave quejido de un niño.

—Aquí llega el vestido que conviene al héroe amado,—dijo la Reina. Y tocó con su mano el hombro de Ingo; éste levantó la cabeza.

—En este momento supremo he oído la voz de mi hijo,—dijo el Vándalo como hablando para sí mismo;—y héme aquí en presencia de la Reina como quien despierta de un sueño embriagador. Estoy ligado á una mujer á quien amo más que la vida; ella lo abandonó todo por seguirme, y la he jurado en el círculo de mis deudos cuidarla como padre y compartir mi lecho con ella sola como legítima esposa. ¿Cómo podré abandonarla y seguirte al burgo real?

—No prosigas, Ingo,—gritó la Reina con encendido rostro;—piensa que también tu mano asió la mía; piensa en aquella noche en que detuve el arma del difunto Rey. Desde entonces, al conservar tu vida, los espíritus invisibles han encadenado nuestros destinos. Me perteneces á mí, á mí sola, y caro ha sido el precio en que te he pagado.

—Magnánima y valerosa heroína fuiste en aquella ocasión: mientras viva, te estaré agradecido.

—Mal haya el frío agradecimiento; mal haya el hombre que responde con cortesés cumplidos á la

mujer que por su culpa se ha acarreado la maldición del Dios de la muerte. ¿No comprendes todo lo que hice cuando detuve la espada de mi esposo? Pues atraje sobre mi propia vida todos los malos poderes que amenazaban la tuya: veneno fué mi bebida y la de otro; desde aquel momento, sospechosa cada palabra, vigilia cada noche; pues me cercaban el odio y la sospecha. Cada vez que aquel hombre salía á embriagarse con sus cortesanos, esperaba que el último instante de la orgía fuese el de mi existencia.

—Sí, peligro mortal has arrostrado por causa mía,—contestó Ingo conmovido;—y si me llamas cuando el peligro te amenace, verás con qué placer pagaré con mi sangre la deuda de gratitud que contigo he contraído.

La Reina apenas escuchaba sus palabras; acercóse más á él, y con voz ronca y ardiente murmuró:

—¿Sabes hasta dónde alcanza esa deuda, necio? ¿Sabes si el otro no hubiera muerto á no haber estado tú aquella noche en mi cámara?

Ingo retrocedió cubierto de mortal palidez; su expresión era fría cuando contestó:

—¿Crees, reina Gisela, que te amaré más cuando sepa que por mi amor has tomado un crimen sobre tu conciencia?

—¿A qué me miras como una estatua de piedra?—gritó la Reina, cogiendo su brazo y sacudiéndolo.—Tú y yo no podemos vivir, sino á condición de que me sigas.

El Vándalo se desprendió con aspereza de la mano de la Reina.

—Con tu secreto delito, perpetrado acaso en oscura noche, has atraído sobre mi cabeza la cólera de los Dioses: estoy dispuesto á redimir mi culpa, pero libre de tu presencia, no como vil esclavo atado á tu maldita vida.

La Reina clavó en su rostro los encandescidos ojos, levantó el brazo pausadamente, y el puño amenazó un momento.

—Ya están echadas las suertes en que las hadas habían grabado tu destino y el mio; tu escogiste, Ingo, y la que has sacado dice muerte.

Volvióse, su cuerpo se retorció en convulsiones; pero sus ojos estaban secos, y su rostro semejaba inerte piedra, cuando señalando al sol que moría, dijo con ahogada voz:

—Hasta mañana.

Después corrió hacia el sitio en que estaban los caballos. Ingo lanzó con el pié el manto real por la pendiente de la roca, y después tomó el sendero que ántes había seguido Irmgarda.

GUSTAVO FREYTAG.

Trad. de la sexta edición alemana,
por GENARO ALAS.

(Continuará.)